

¿POR QUÉ ES IMPORTANTE ESTUDIAR LA HISTORIA DEL CERCANO ORIENTE ANTIGUO? REFLEXIONES DESDE (Y PARA) UNA PERSPECTIVA INTERCULTURAL*

Horacio Miguel Hernán Zapata

horazapatajotinsky@hotmail.com

UNCAus/UNNE/ICSOH-CIUNSa

Resumen

En las décadas recientes, la vieja pregunta sobre por qué es necesario estudiar historia se instaló nuevamente dentro de los diferentes ámbitos académicos de enseñanza e investigación, ya sea porque la misma producción historiográfica –a nivel nacional e internacional– multiplicó y renovó miradas, métodos y problemáticas, ya sea porque los historiadores han desbordado sus modos tradicionales de intervención pública. Además, ha sido inevitable tener que reformular nuevas respuestas a la pregunta acerca del sentido y funcionalidad de la historia frente a las novedosas realidades, sumamente diversas y contradictorias que la globalización representa bajo los conceptos hoy en boga de multiculturalismo e interculturalidad. Sin embargo, también vivimos en una época en la cual los conocimientos producidos por las ciencias sociales y humanísticas, entre los que se encuentran aquellos vinculados con la historia, traen las de perder en un contexto atravesado por el influjo del neoliberalismo, ideología según la cual ciertas áreas del conocimiento son consideradas como válidas y prioritarias por tener un impacto relevante en el avance socioeconómico y técnico-científico, mientras otras son tenidas por superfluas e innecesarias. Ubicada en este contexto, la pregunta de cuán importante es estudiar Historia del Cercano Oriente adquiere, sin duda, nuevos sentidos y perspectivas. En el presente artículo buscamos presentar algunas claves y reflexiones sobre el valor del conocimiento histórico de las sociedades del Cercano Oriente antiguo en la formación humanística y, en particular, para afianzar una percepción historiográfica intercultural que pueda traducirse no sólo en una aproximación a vida de varones y mujeres tan lejanos en tiempo, espacio y cultura, sino también a una mejor comprensión de nuestro propio mundo y sus múltiples problemas.

Palabras clave: historia del Cercano Oriente antiguo, importancia social, interculturalidad

* El presente trabajo se basa en una versión revisada y ampliada de la ponencia presentada en las *PRIMERAS JORNADAS DE ESTUDIO Y REFLEXIÓN SOBRE LA HISTORIA. DIÁLOGOS Y DESAFÍOS*, organizadas por el Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste. Fue elaborada como parte de las actividades de docencia e investigación que desarrollo en el marco del Proyecto CIUNSa N° 2608 "*Prácticas sociales y configuraciones culturales en las sociedades antiguas del Mediterráneo oriental: una aproximación histórica y didáctica*" bajo la dirección de la profesora Perla Rodríguez, financiado por el Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Salta y radicado en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades (ICSOH) de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta.

Abstract:

In recent decades, the old question about why it is necessary to study history was installed again within the different teaching and research academic fields, either because the same historiographic production –nationally and internationally– multiplied and renewed views, methods and problematic, either because historians have overflowed their traditional modes of public intervention. In addition, it has been inevitable to reformulate new answers to the question about the meaning and functionality of history in a context characterized by the novel, highly diverse and contradictory realities that globalization represents under the concepts in vogue of multiculturalism and interculturality. However, we also live in an era in which the knowledge produced by the social and humanistic sciences, among which are those linked to history, bring those to lose in a context traversed by the influence of neoliberalism, an ideology according to which certain knowledge areas are considered valid and priority because they have a relevant impact on socioeconomic and technical-scientific progress, while others are considered superfluous and unnecessary. Located in this context, the question of how important it is to study the Ancient Near East History acquires new meanings and perspectives without doubt. In this article we seek to present some clues and reflections on the value of historical knowledge of ancient Near Eastern societies in humanistic formation and, in particular, to strengthen an intercultural historiographic perception that can be translated not only into an approach to different human lives so distant in time, space and culture, but also to a better understanding of our own world and its multiple problems.

Key words: Ancient Near East History, social value, interculturality

Quizá el objetivo más importante de todos sería (...) preguntarse cómo se pueden estudiar otras culturas y pueblos desde una perspectiva libertaria, y no represiva o manipulativa. Pero entonces habría que replantearse el complejo problema del conocimiento y el poder

EDWARD SAID⁵⁵

... la ampliación del horizonte cultural internacional y la revolución en los sistemas de transmisión de ideas y conocimientos nos obligan a salir del cascarón egocéntrico para conocer experiencias y recorridos que hasta ahora habían sido objeto de otros etnocentrismos

MARIO LIVERANI⁵⁶

⁵⁵ EDWARD SAID, *Orientalismo*, Barcelona, Del Bolsillo, 2004 [1980], p. 49.

⁵⁶ MARIO LIVERANI, *El Antiguo Oriente. Historia, sociedad, economía*, Barcelona, Crítica, 2012 [1991], p. 22.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

En las décadas recientes, la vieja pregunta sobre por qué es necesario estudiar historia se instaló nuevamente dentro de los diferentes ámbitos académicos de enseñanza e investigación. Sin embargo, no se trata de un hecho fortuito. Por un lado, se trata de un interrogante que conserva plenamente su pertinencia y legitimidad, ya sea porque la misma producción historiográfica –tanto a nivel nacional como internacional– multiplicó y renovó miradas, métodos y problemáticas, ya sea porque los propios historiadores han desbordado sus modos tradicionales de intervención pública. Y, por otro lado, ha sido inevitable tener que reformular nuevas respuestas a la pregunta acerca del sentido de Historia como contenido de enseñanza frente a la irrupción de novedosas realidades políticas, sociales, económicas y culturales, sumamente diversas y contradictorias, pero todas ellas relacionadas con el gran impacto –a nivel local, nacional y mundial– de la reconfiguración del orden capitalista en su etapa globalizadora, de la ampliación de las tecnologías de la información y comunicación y de los nuevos procesos migratorios a escala planetaria⁵⁷.

Como ha afirmado el historiador Luis Villoro, “El mundo habitado por la especie humana es un mundo plural. Está constituido por una multiplicidad de culturas, de puntos de vista diferentes sobre la realidad. Siempre lo hemos sabido; pero ahora la conciencia de esa pluralidad se acentúa porque estamos viviendo el despertar de una ilusión”⁵⁸. De allí que las problemáticas asociadas con la diversidad cultural, cuestión sumamente presente en el pensamiento político, social y pedagógico contemporáneos, resulten dimensiones fundamentales para poder avanzar en la comprensión del rol que la Historia tiene actualmente, si es que de verdad llegamos al convencimiento de que posee algún tipo de significado y/o funcionalidad concerniente a los nuevos retos que la globalización representa bajo los conceptos hoy en boga de multiculturalismo e interculturalidad. En todo caso, una condición *sine qua non* para avanzar en una explicación del valor del discurso histórico es, pues, el reconocimiento del amplio espectro de procesos sociales y simbólicos de interacción, de construcción de identidades existentes dentro de una misma sociedad, así como los problemas derivados de las nuevas condiciones de convivencia cultural entre personas que transitan espacios concretos comunes y practican modos de vida diferentes⁵⁹.

⁵⁷ A modo de ejemplo, *cfr.* MANUEL TUÑÓN DE LARA, *Por qué la historia*, Barcelona, Salvat, 1981; CARLOS PEREYRA *et al*, *Historia, ¿para qué?*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1984 [1980]; ENRIQUE FLORESCANO, *Por qué estudiar y enseñar la historia*, México D. F., Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 2000; JORGE CERNADAS y DANIEL LVOVICH (eds.), *Historia, ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento & Prometeo, 2010.

⁵⁸ LUIS VILLORO, *Los retos de la sociedad por venir*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 188.

⁵⁹ *Cfr.* GIOVANNI SARTORI, *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, Madrid, Taurus, 2001; HÉCTOR DÍAZ POLANCO, *Elogio de la Diversidad*, México D. F., Siglo XXI Editores, 2005; ALDO AMEIGEIRAS y ELISA JURE (comps.), *Diversidad cultural e interculturalidad*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento & Prometeo, 2006.

Ubicada en este contexto, la pregunta de cuán importante es estudiar Historia del Cercano Oriente Antiguo constituye un interrogante que, sin duda, adquiere nuevos sentidos y perspectivas en función de los avances del paradigma intercultural en distintos ámbitos de la sociedad y de las consecuentes reflexiones sobre la gran complejidad actual de las culturas a lo largo y ancho del planeta. En el presente artículo buscamos presentar algunas claves y reflexiones sobre el valor del conocimiento histórico de la vida de varones y mujeres tan lejanos en tiempo, espacio y cultura para la formación humanística y, en particular, para que cualquier persona pueda afrontar un reencuentro con las sociedades del Cercano Oriente antiguo, subrayando la importancia de una percepción historiográfica intercultural sobre esos "otros" mundos del pasado que contribuya, a su vez, en una mejor comprensión de nuestro propio mundo y sus múltiples problemas.

EL CERCANO ORIENTE ANTIGUO: LECTURAS TRADICIONALES

La introducción de la Historia en el sistema de enseñanza media y superior del país formó parte de una compleja red de convergencias, consensos, interrelaciones y dependencias entre elites estatales, historiadores profesionales y docentes en el marco más amplio de las transformaciones que experimentaron la sociedad y la política argentinas desde fines del siglo XIX. Durante ese tiempo, tuvo lugar la institucionalización y expansión de los sistemas estatales de escolarización masiva –primaria sobre todo y también secundaria, aunque en menor medida–, donde la Historia constituyó una asignatura central de los currículos escolares, y posteriormente la creación de carreras de enseñanza de la historia a nivel superior y universitario y el inicio de la expedición de títulos de profesor y doctor en la materia. La consolidación institucional de la historiografía sobrevino a través de un proceso irregular y fluctuante que se extendió durante las primeras cinco décadas del siglo XX y sufrió reiterados desvíos e interrupciones⁶⁰.

En aquellos años, el tipo de historia que se enseñaba en dichos ámbitos correspondía a una versión de la disciplina que, además de ser científica, constituía un instrumento que debía ayudar a la “cultura general” y al aprendizaje de comportamientos virtuosos. Como en muchas repúblicas de Europa y América Latina, la idea de que la Historia –y también algunas otras Ciencias Sociales– podía contribuir a consolidar las identidades nacionales se hallaba muy difundida en nuestro país. En efecto, autoridades y funcionarios estatales, organizaciones de la

⁶⁰ Acerca del proceso de institucionalización de la historia como disciplina académica en universidades nacionales y otras instituciones educativas habilitadas igualmente para entregar el título para la docencia media y superior de nuestro país, *cfr.* PABLO BUCHBINDER, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1997, pp. 73-79 y 139-144; ADRIAN G. ZARRILLI, TALÍA V. GUTIÉRREZ y OSVALDO GRACIANO, *Los estudios históricos en la Universidad Nacional de La Plata, 1905-1990*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia/Fundación Banco Municipal de La Plata, 1998.

sociedad civil y no pocos intelectuales argentinos estaban convencidos de que la enseñanza del pasado fomentaba el sentimiento de pertenencia política de los ciudadanos a la comunidad nacional. De allí la atención prioritaria a los sucesos políticos e institucionales y la preferencia por los grandes hombres, en tanto emergía del convencimiento general que tales egregios eran los únicos y verdaderos actores del proceso histórico y, en tal sentido, la historia brindaba –en tanto *magistra vitae*– un repositorio de ejemplos edificantes por imitar. Toda reconstrucción histórica consistía en un relato sobre el pasado con una tónica mucho más descriptiva que explicativa y/o comprensiva, asertiva y no problemática, con un estilo de escritura en general opaco y escrito sin gracia, basado en la acumulación de datos aprehensibles a través de ejercicios memorísticos que incorporaban fugazmente conocimientos. En esta característica influía, indudablemente, la noción muy extendida de que la historia era un género completamente distinto de la literatura y de que, por lo tanto, debía mantenerse lo más distante posible de las estrategias narrativas de ésta. De ese modo, las asignaturas de historia argentina y americana buscaban transmitir una versión científica del pasado nacional y americano, pero a su vez uno que estuviera en consonancia con la construcción de la memoria pública –y de eso se trataba, de memoria cívica, no de historia– en la que todos los ciudadanos debían reconocerse⁶¹.

Planteada de esta manera la función social de la historia, ¿qué lugar ocupaban las antiguas sociedades del Cercano Oriente en la estructuración de este relato histórico? En términos generales, la variedad de sociedades y culturas antiguas desempeñaron, tradicionalmente, un rol fundamental en la estructuración de tal relato: detentaban el papel de “cuna de la civilización”⁶². En efecto, un estudio del pasado humano que permitiera rastrear los supuestos antecedentes de los caracteres constitutivos de las sociedades contemporáneas debía comenzar por remontarse –según una periodización cuatripartita de carácter lineal y universalista⁶³– a aquella “primera fase” de la Edad Antigua que se iniciaba con los primeros

⁶¹ Acerca del papel del discurso histórico en la construcción de la identidad argentina, *cfr.* LILIA ANA BERTONI, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001; FERNANDO DEVOTO, “Relatos históricos, pedagogías cívicas e identidad nacional”, en: Margarita Gutman (ed.), *Construir bicentenarios: Argentina*, Buenos Aires, New School & Caras y Caretas, 2005, pp. 65-78; FERNANDO DEVOTO, “En torno a un problema: la enseñanza de la historia”, en: Emilio Tenti Fanfani (coord.), *Diversidad cultural, desigualdad social y estrategias de políticas educativas*, Buenos Aires, IPE-UNESCO, 2009, pp. 160-164; MICHAEL GOEBEL, *La Argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*, Buenos Aires, Prometeo, 2013, pp. 43 y ss; NADIA ZYSMAN, “Los usos del pasado en la escuela: identidad nacional y enseñanza de la historia en el sistema educativo argentino, 1880-2010”, en: *Iberoamericana* 16 (61), Berlín, 2016, pp. 127-132.

⁶² Acerca del mito occidental de Oriente como “cuna de la civilización”, *cfr.* ZAINAB BAHRANI, “Conjuring Mesopotamia: imaginative geography and a world past”, en: Lynn Meskell (ed.), *Archaeology under fire: Nationalism, politics and heritage in the Eastern Mediterranean and Middle East*, New York, Routledge, 1998, pp. 162-163; MARIO LIVERANI, *El Antiguo Oriente...*, pp. 19-22; MARIO LIVERANI, “Ancient Near Eastern History: from Eurocentrism to an “Open” World”, en: *Isimu. Revista sobre Oriente Próximo y Egipto en la antigüedad* 2, Madrid, 1999, p. 5.

⁶³ Es sabido que desde la constitución de la historia como disciplina científica, los historiadores decimonónicos formularon una periodización de carácter lineal y universalista, dividida en amplios períodos temporales denominados “Edades”, estructurada según los criterios provistos tanto por una visión judeo-cristiana (que se mantuvo vigente hasta el siglo XVIII) como por una perspectiva científico-progresista (formulada en pleno siglo XIX). Para la comprensión del pasado, se fijaron como requisitos que las Edades debían poseer unos rasgos comunes

textos escritos y finalizaba con la conquista alejandrina, una etapa más próxima en términos espacio-temporales y culturales a la sociedad occidental, pero distante respecto de un "Lejano" Oriente⁶⁴. Dentro de este esquema, las realidades de los antiguos egipcios, babilonios, asirios, persas, fenicios y hebreos personificaban desarrollos sociales primigenios de una larga cadena evolutiva que era imaginada de forma lineal, ascendente y cronológica. Dicha evolución histórica no sería otra cosa que la plasmación de un supuesto progreso indefectible de las naciones modernas, cuyo inicio se ubicaba en aquel Oriente exótico, glorioso y monumental y su final en un Occidente blanco, moderno y capitalista, en tanto su despliegue descubría los grandes logros institucionales, culturales y tecnológicos que legaron esas antiguas civilizaciones de Egipto y Próximo Oriente a toda la humanidad. En consecuencia, en lugar de ser analizadas en su propia especificidad, las sociedades de Egipto y Próximo Oriente fueron valoradas en función de sus aportes a lo que por aquel entonces se consideraba el mundo civilizado, el cual incluía –entre otras cosas– el Estado, las ciudades, la escritura, el derecho, la metalurgia, las ciencias y las artes. Desde este punto de vista, por ejemplo, a los sumerios se les

entre sí, lo suficientemente importantes para hacerlas cualitativamente distintas de otras edades, y que los acontecimientos históricos debían volcarse cronológicamente entre un "antes" y un "después" dentro una secuencia temporal. Entre los distintos modelos de periodización propuestos, se encuentra el denominado "cuadripartismo histórico", esquema basado en la división del proceso histórico general en cuatro grandes "Edades" (Antigua, Medieval, Moderna y Contemporánea). El mismo continúa siendo importante en los esquemas de historia universal empleados en las escuelas, institutos terciarios y universidades, importancia que se deriva de lo que podría denominarse, en forma burda, un "potencial didáctico" que posibilita ordenar y clasificar las sociedades concretas y facilita el estudio de forma particular y general. Cf. ÁNGEL CASTELLÁN, "Proposiciones para un análisis crítico del problema de la periodización histórica", en *Anales de Historia Antigua y Medieval* 8, Buenos Aires, 1958, pp. 7-48. De ahí que la misma mantenga el consenso en los ambientes académicos, aunque esta aparente ventaja no nos debe hacer olvidar que como toda convención, es sumamente discutible y más aún si, fundamentándose en la utilidad pedagógica, se sacrifica la complejidad en beneficio de la superficialidad. Pero, además, ciertos señalamientos críticos, como el hecho de ser demasiado eurocéntrica, de dejar la sensación de que el devenir histórico se desarrolló con líneas de ruptura puntuales y nítidas y de encerrar los hechos del pasado en intervalos temporales sin conexión, nos muestran que esta periodización no está exenta de limitaciones como herramienta para hacer comprender realmente los procesos históricos. Cfr. JEAN CHESNEAUX, J., *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y los historiadores*, México D. F., Siglo XXI Editores, 2005 [1976], pp. 97-105; MARÍA LUZ GONZÁLEZ y LUIS GABRIEL PORTA, "Periodización y Modernidad. Una problematización desde los procedimientos de enseñanza", en: *Clío & Asociados. La historia enseñada* 2, Santa Fe, 1997, pp. 49-57; SUSANA MURPHY, "La enseñanza universitaria de los estudios del Cercano Oriente Afrosiático y la historiografía de la alteridad", en: *Pasado Por-Venir* 7 (7), 2013, pp. 178-179.

⁶⁴ El concepto de Antigüedad constituye, en principio, la proyección de los fragmentos de una memoria que una sociedad conserva acerca de una época precedente y que considera una instancia clave en su formación como cultura histórica, esto es, como aquel pasado en que una comunidad encuentra sus orígenes y sus miembros se referencian de modo colectivo, al punto de constituir una tradición común. En este sentido, Ángel Castellán afirma que "... la antigüedad es para cada complejo cultural, la cultura madre antecedente, algunos de cuyos elementos, trasvasados y reelaborados, se proyectan en nuevas direcciones en los productos de la cultura-hija" (citado en SUSANA MURPHY, "La enseñanza universitaria...", p. 180). En efecto, la noción de historia antigua derivaba de una percepción subjetiva de quienes, desde temprano y en Europa, se interesaron por las referencias a un pasado antiguo que proporcionaban diversas instituciones políticas, prácticas culturales, obras literarias y demás objetos materiales, un imaginario del mundo de antaño ya superado pero continuaba latente. En efecto, la idea de la existencia de una Historia Antigua fue desarrollada por los pensadores del Renacimiento. Presupone, al mismo tiempo, una ruptura y una recuperación, religiosa y cultural, entre dos mundos. Una ruptura que daba un cierto sentido a la historia, como la recuperación de algo perdido, como la restauración de un lazo que había sido quebrado durante la así llamada Historia del Medio, la Historia Medieval. De este modo, se asociaba su mundo contemporáneo, la Europa de los siglos XV y XVI, con un cierto pasado. Para los hombres de ese tiempo, era la Historia Antigua de su mundo. De hecho, la propia idea de historia antigua representa una visión europea de historia, un cierto modo de considerar la historia mundial desde una perspectiva occidental. Cfr. NORBERTO LUIZ GUARINELLO, "Uma morfologia da História: as formas da História Antiga", en: *Politeia. História e Sociedade* 3 (1), 2003, pp. 41-61 y NORBERTO LUIZ GUARINELLO, *História Antiga*, São Paulo, Contexto, 2013, pp. 17-28.

debía la escritura, a los fenicios el alfabeto, los códigos legales a los babilonios y el monoteísmo a los hebreos.

Además, independientemente de su legado cultural, las sociedades antiguo orientales eran –en muchos casos– caracterizadas como poblaciones atemporales, estáticas y cerradas sobre sí mismas, por lo que habrían permanecido sin alteraciones significativas por largos períodos de tiempo. Los procesos de cambio eran explicados, en todo caso, con argumentos que cargaban tintas sobre la supuesta existencia de civilizaciones descritas a partir de los conceptos de “áreas nucleares” o “culturas madres”, esto es, como las únicas zonas de verdadera invención y progreso cultural, desde donde las ideas y las tecnologías se difundían por contacto, migraciones o invasiones. Según esta perspectiva difusionista, las grandes civilizaciones originadas junto a los ríos Nilo, Tigris y Éufrates eran, al menos desde el Neolítico, los principales centros de irradiación cultural del Viejo Mundo, mientras que sus poblaciones vecinas eran apenas culturas inferiores que imitaban pobremente a aquéllas. Así, conforme a estas ideas, la invención de la agricultura habría sucedido sólo una vez, en el Creciente Fértil, desde donde se difundió por África, Asia y Europa, o bien la adopción del carro de guerra por las poblaciones semíticas se explicaba a partir de la ola de invasiones de tribus indoeuropeas que tuvieron lugar en diferentes partes del Mediterráneo⁶⁵.

Sin embargo, esos elementos no se presentaban en sus formas plenas o acabadas, pues el Cercano Oriente antiguo era apenas un trasfondo arquetípico que –empleando las metáforas biologicistas de la época– abrigaba los desarrollos primigenios y “embrionarios” de la cultura universal; entonces, el desarrollo y perfeccionamiento de todos esos atributos estimados trascendentes se encontraban naturalmente expresados bajo formas “adultas” y “superiores” en Europa y, más tarde, en Estados Unidos. En efecto, al amparo de estos esquemas evolucionistas del desarrollo social y cultural, así como también de la idea decimonónica del progreso, la historia del Cercano Oriente antiguo fue traducida como el “punto de partida” de una prolongada trayectoria lineal, ascendente y direccionada cada vez más al poniente: la democracia griega, el imperio romano, la Europa medieval y cristiana, el Renacimiento, la modernidad ilustrada, la *Belle Epoque* burguesa y el mundo contemporáneo. Inmersas en el curso de esa secuencia histórica unilineal, las instituciones, los conocimientos y las invenciones eran pasadas como una suerte de “antorcha” en una carrera de postas y relevos hasta alcanzar su meta final en el mundo occidental actual, cuyas principales capitales y metrópolis eran presentadas como pináculos del progreso y la civilización. Vistos así, los grandes logros culturales y tecnológicos de la historia tenían su origen temprano en Egipto y Mesopotamia y,

⁶⁵ Acerca de las teorías difusionistas, *cfr.* ISABEL RUBIO DE MIGUEL, “Las primeras investigaciones del Próximo Oriente y la formación del paradigma difusionista en la investigación prehistórica”, en: Joaquín María Córdoba Zoilo, Rafael Jiménez Zamudio y Covadonga Sevilla Cueva (eds.), *El Redescubrimiento de Oriente Próximo y Egipto*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2001, pp. 81-95.

apenas emergía, eran "recuperados" por griegos y romanos, quienes son los primeros –aunque no los únicos– en “modificar” y “perfeccionar” ese arsenal de artefactos, ideas y técnicas hasta transformarlo en un acervo del mundo latino, occidental y cristiano, capaz de ser transmitido y generalizado ampliamente como legado universal.

A partir de ese tamiz occidentocéntrico, las sociedades antiguas próximo-orientales fueron ambivalentemente apreciadas como vórtice histórico del cual emanaron los principales elementos civilizatorios que sentarían las bases del desarrollo futuro de la humanidad y, al mismo tiempo, como antípoda cultural de los valores y creencias de Occidente. En efecto, la antigüedad oriental era concebida como verdadera antítesis de la antigüedad occidental. A partir de esta premisa, Oriente pasó a ocupar el “...lugar geométrico de los elementos de polaridad respecto al Occidente 'nuestro'”⁶⁶ y, en consecuencia, las explicaciones sobre las características de las sociedades que vivieron en los actuales territorios de Egipto y Asia occidental apelaron a pares polares que, con el correr del tiempo, resultaron tópicos o metáforas recurrentes en el discurso historiográfico, como por ejemplo, las oposiciones entre despotismo oriental y la democracia occidental; entre el palacio oriental y la *polis* griega o la *civitas* romana; entre el inmovilismo tecnológico y cultural de Oriente y el progreso acumulativo de las civilizaciones europeas; entre una sabiduría mística, oculta y mágica de Oriente y la reflexión laica, racional y científica de Occidente⁶⁷. Por tanto, estudiar la historia de tales sociedades significaba acercarse, aunque de manera superficial, a los orígenes más profundos de la Historia Universal, la cual –como vimos– era identificada sin más con la Historia de la Cultura Occidental. La sociedad argentina se sentía tributaria directa de ese pasado lo suficientemente pródigo como para reconocer en éste sus propios orígenes histórico-culturales como comunidad nacional. Así las cosas, la relevancia del estudio de las dinámicas sociohistóricas que tuvieron lugar durante la antigüedad en Próximo Oriente era comprendida en estos términos debido, básicamente, al influjo de esta perspectiva historiográfica asentada en una antropología eurocéntrica, una periodización evolucionista y una metodología positivista. Originada en una preocupación cultural y política de Europa por identificar en el

⁶⁶ MARIO LIVERANI, *El Antiguo Oriente...*, p. 20.

⁶⁷ Si bien tales modalidades de no-reconocimiento y estigmatización de la alteridad no-europea pueden parecer apenas una deriva de un discurso moderno, es indudable que los principios que cimentaron progresivamente este paradigma de la superioridad occidental se remontan al menos a las tradicionales orales del período de la llamada “Edad Oscura” (ca. 1100-800 a. C.), pero con más claridad a las composiciones cuasi historiográficas –o, con mayor precisión terminológica, cuasi etnográficas– de Heródoto, Polibio, Estrabón, Dionisio de Halicarnaso, Diodoro Sículo, Plutarco y Flavio Arriano, autores oriundos de los universos helénicos, helenísticos y romanos contemporáneos a las civilizaciones orientales en su fase más tardía. Al respecto, *cf.*: MARTIN L. WEST, “Ancient Near Eastern myths in classical Greek religious thought”, en: J. M. Sasson (ed.), *Civilizations of Ancient Near East*, Massachusetts, Hendrikson Publishers, 2006 [1995]; FRANÇOIS HARTOG, *Memoria de Ulises*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999 [1996]; FRANÇOIS HARTOG, *El espejo de Heródoto*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002 [1980]; FAHAD M. AL-OTAIBI, “Towards a Contrapuntal Reading of History: Orientalism and the Ancient Near East”, en: *Journal of King Saud University. Science & Arts* 19 (2), 2006, pp. 55-66; FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN, *Memorias perdidas. Grecia y el mundo oriental*, Madrid, Akal, 2013.

pasado sus raíces idiosincráticas, tal paradigma estuvo vigente en centros académicos de investigación y sistemas educativos de Occidente⁶⁸.

Por el tipo de representación que propone del pasado –de carácter más mítico y preconcebido antes que histórico y documentado–, dicha matriz intelectual eurocéntrica ha logrado sedimentar progresivamente cierto imaginario de las culturas preclásicas del Cercano Oriente en el sentido común. En efecto, esta visión ha hecho que la importancia de tales sociedades se reduzca a ciertas vicisitudes históricas y rasgos culturales exóticos y monumentales que son dotados de un sentido particular en la trama histórica de un modelo civilizatorio asociado al contenido y los límites de la memoria histórica deseada por las sociedades occidentales. En la medida en que busca proveer los parámetros ontológicos y epistemológicos para la comprensión del mundo desde matrices europeas, dicha memoria ha tenido un rol importante en la invención de pasados y tradiciones, pero también –y en particular– en la formulación de interpelaciones subjetivas y comunitarias, un aspecto que haríamos mal en subestimar. Sobre todo porque la historia que es enseñada o producida en muchos países aún hoy es, en buena medida, tributaria de esa visión histórica, incluida la propia Argentina. Podemos señalar, a modo de ejemplo, que los currículos de las escuelas medias, los planes de estudio de las carreras terciarias y universitarias de Historia del país y los distintos manuales escolares presentan una secuenciación y tratamiento de los contenidos históricos que determina un abordaje de las sociedades del Cercano Oriente antiguo desde los parámetros sintomáticos de la experiencia tardo-moderna occidental⁶⁹.

⁶⁸ Esta particular visión, en efecto, surgió en Europa a fines del siglo XVIII, fue refinándose a lo largo del XIX y se consolidó a principios del XX, coyuntura en la que asistimos a profundas transformaciones del escenario geopolítico mundial y a la consolidación de la economía capitalista, con la consecuente búsqueda de materias primas, nuevas fuentes de energía y la ampliación de los mercados en el marco de la expansión territorial de las potencias europeas –primero Gran Bretaña y Francia, posteriormente Alemania, Bélgica, Italia, Portugal y España– y de la constitución de un nuevo orden económico y político-administrativo sobre gran parte de África y de Asia. Se trató de un momento cuando la sociedad europea se encontraba en una posición tal como para plantearse a sí misma contra un otro, cuando –en otras palabras– fue capaz de auto constituirse como un otrora y unificado ego explorando, conquistando y colonizando una alteridad que le devolvía una imagen de sí misma (*sensu* ENRIQUE DUSSEL, “Europa, modernidad y eurocentrismo”, en: Erick Lander, (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO-UNESCO, 2000), pero a partir de una relación dialéctica con la alteridad no-europea que finalmente conforma su foco de atención y contenido, un efecto de un patrón histórico de poder que “[...] consiste en la articulación entre: 1) la colonialidad del poder, esto es la idea de raza como fundamento del patrón universal de clasificación social básica y de dominación social; 2) el capitalismo, como patrón universal de explotación social; 3) el Estado como forma central universal de control de la autoridad colectiva y el moderno estado-nación como su variante hegemónica; 4) el eurocentrismo como forma hegemónica de control de la subjetividad/intersubjetividad, en particular en el modo de producir conocimiento” (ANIBAL QUIJANO, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en: Erick Lander (ed.), *La colonialidad del saber...*, p. 1).

⁶⁹ Cfr. ANDREA ZINGARELLI, “Algunas consideraciones sobre la propuesta editorial para enseñanza de Historia Antigua”, en: *Clío y Asociados. La historia enseñada* 1, Santa Fe, 1996, pp. 81-89; EMANUEL PFOH, “¿Por qué enseñar historia antigua? Hacia una pedagogía de la tolerancia”, en *Cambios y Continuidades* 6, Paraná, 2007, pp. 185-192; SUSANA MURPHY, “La enseñanza universitaria...”; HORACIO MIGUEL HERNÁN ZAPATA, “La historia de las sociedades del Cercano Oriente Antiguo en los ámbitos argentinos de educación e investigación”, en: Roberto R. Rodríguez (ed.), *Sociedades Antiguas del Creciente Fértil. Aportes para su estudio histórico*, Ushuaia, Editorial Utopías, pp. 296-402; HORACIO MIGUEL HERNÁN ZAPATA, “La enseñanza de la Historia del Cercano Oriente Antiguo: Repensando las categorías de tiempo, espacio y cultura”, en: *Revista de Historia y Geografía* 35, 2016, pp. 125-154; SERGIO CUBILLA, “Los manuales de Historia Antigua de la primera mitad del siglo XX en Argentina”, en: Roberto R. Rodríguez (coord.), *Sociedades Antiguas del Creciente Fértil. Poder, ideología y violencia*, Ushuaia, Utopías, 2018, pp. 217-247.

POR EL CAMINO DE LA RENOVACIÓN: ALGUNOS APUNTES CRÍTICOS

El conjunto de certezas referidas a la necesidad de practicar una historia de tipo científica y objetiva que participara en la empresa política de construcción y afirmación de la nación ha ido resquebrajándose y complicándose a lo largo del último cuarto del siglo XX y principios del XXI, cuando quienes ejercían la profesión de historiador debieron articular otras posibles respuestas a ese interrogante desde presupuestos teóricos y empíricos que resultaban impensables de considerar hasta hace no pocas décadas atrás, en la medida en que los mismos derivaban de, al menos, tres cuestiones.

En primer lugar, de los nuevos desafíos que acarreaban el fortalecimiento de la dimensión “científica” de la historia y la emergencia de diferentes corrientes dentro del campo historiográfico que enfatizaban el relativismo en la lectura del pasado, proponían la recuperación del rol de los individuos y de lo particular por encima del conjunto social y por el uso de diferentes escalas de análisis para comprender la diversidad que el mundo mostraba a fines del siglo XX⁷⁰. En segundo lugar, de los múltiples dilemas que planteaba un mundo asimismo nuevo, que nada o muy poco tenía que ver con los contextos políticos y socioculturales de épocas anteriores. En efecto, la gama de reflexiones epistemológicas suscitadas alrededor del problema del estatuto científico de la Historia y –por tanto– de la desarticulación de las funciones tradicionales de la práctica profesional de la disciplina, han dejado sentir su incidencia en la discusión sobre el sentido, la razón y las formas de su enseñanza *vis a vis* una situación caracterizada por lo fugaz, la rapidez y la disolución de múltiples referentes identitarios hasta hace poco aceptados en la imagen del mundo de muchas sociedades, producto de un dato que ya es un factor estructural de nuestras realidades actuales: la presencia de individuos y grupos que afirman identidades particulares y demandan reconocimiento de valores, normas, políticas e instituciones acordes con ellas⁷¹. Y en tercer lugar, de los debates producidos a partir de la década de los noventa tras la irrupción de la cuestión poscolonial en el seno de las ciencias sociales y la consecuente necesidad de reflexionar sobre las diversas realidades de las sociedades asiáticas y africanas tras los procesos de descolonización en pleno siglo XX. Ambas tendencias condujeron, a su vez, a impugnar la presencia de una episteme profundamente eurocéntrica que no sólo animó el surgimiento de las concepciones, metáforas y *tropos* más importantes del pensamiento social

⁷⁰ Acerca de los nuevos paradigmas historiográficos, *cfr.* LAWRENCE STONE, “El renacimiento de la historia narrativa: reflexiones sobre lo nuevo y viejo de la Historia”, en: *Debats* 4, 1978, pp. 91-110; FRANCOIS DOSSE, *La historia en migajas. De “Annales” a la “nueva historia”*, Valencia, Edicions Alfons el Magnanin, 1988; GIOVANNI LEVI, “Sobre la microhistoria”, en: Peter Burke (comp.), *Formas de hacer historia*, Alianza, Madrid, 1998; CARLOS BARROS, “Hacia un nuevo paradigma historiográfico”, en: *Prohistoria* 3 (3), 1999, pp. 44-58; ANACLET PONS, “De los detalles al todo: historia cultural y biografías globales”, en: *História da Historiografia* 12, 2013, pp. 156-175.

⁷¹ Acerca de los procesos de construcción identitaria a principios del tercer milenio, *cfr.* ALFRED GROSSER, *Las identidades difíciles*, Barcelona, Bellaterra, 1999.

contemporáneo, sino también la consolidación de una política científica de considerar únicamente las experiencias –del pasado y del presente– que se conectan más directamente con las de Occidente, configurando así una nueva forma de colonialismo, denominado “colonialismo epistemológico”, que se asienta centralmente en la estigmatización e invisibilización de cualquier forma histórica de alteridad no-occidental⁷².

Merced a esos debates, hoy contamos con suficientes argumentos para deconstruir los anacronismos teóricos subyacentes y superar –en buena medida– los principales criterios con que ha sido concebido el valor formativo de los estudios antiguo-orientales. En esta dirección, no podemos pretender continuar argumentando la relevancia de las sociedades del Cercano Oriente antiguo desde esa perspectiva eurocéntrica. Hacerlo implicaría, en principio, quedar enfrascados en la lógica del “ídolo de los orígenes” –como lo hizo notar Marc Bloch–, esto es, la tendencia a pensar que al hallar los antecedentes temporales de un proceso, descubrimos también los fundamentos que lo explican⁷³. Además, entre otras principales objeciones críticas, se subraya que este esquema de explicación del cambio histórico se ampara en una visión eurocéntrica que otorga una dirección unitaria y acabada al proceso histórico en su trayectoria hacia el presente, en la que los antiguos pueblos de Egipto y Oriente Próximo se ubican como el origen incipiente de la civilización. Si bien es cierto que una serie de hechos significativos para la historia de la humanidad (como las primeras manifestaciones de la vida aldeana, la consolidación del patriarcado, el inicio de la urbanización, el surgimiento de Estados, la aparición de la escritura, la formación de los primeros imperios, etc.) han tenido lugar en el Cercano Oriente, aquella visión conduce a plantear el problema de la interpretación de la dinámica histórica desde enfoques evolucionistas y difusionistas y, en consecuencia, a adherirse al postulado de que “... la humanidad se ha lanzado a una carrera mundial en pos del triunfo universal de la razón y los valores occidentales, y que las antiguas costumbres son reemplazadas por otras nuevas y mejores”⁷⁴.

En efecto, desde el evolucionismo, las grandes civilizaciones de Egipto y Mesopotamia representaban el primer gran estadio en la historia del progreso humano, en la medida que sus panoramas histórico-culturales mostraban que las tecnologías, las prácticas económicas y los modos de agregación social avanzan desde formas simples y menos desarrolladas hasta otras más complejas y elaboradas. Además, dado que la ideología evolucionista traducía la noción de

⁷² Acerca del eurocentrismo y sus críticas, *cfr.* ROY PREISWERK y DOMINIQ PERROT, *Etnocentrismo e Historia. América indígena, África y Asia en la visión distorsionada de la cultura occidental*, México D. F., Nueva Imagen, 1979 [1975]; SAMIR AMIN, *El eurocentrismo. Crítica de una ideología*, México D. F., Siglo XXI Editores, 1989; IMMANUEL WALLERSTEIN, “El Eurocentrismo y sus avatares: los dilemas de las Ciencias Sociales”, en: *Revista de Sociología* 15, Santiago de Chile, 2001 [1996], pp. 27-39; EDUARDO LANDER (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO-UNESCO, 2000.

⁷³ Respecto del “ídolo de los orígenes”, *cfr.* MARC BLOCH, *Apología para la historia o el oficio de historiador. Edición anotada por Étienne Bloch*, México D. F., Siglo XXI Editores, 2001 [1944], pp. 59-64.

⁷⁴ BARRY KEMP, *El Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización* Barcelona, Crítica, 1992 [1989], p. 13.

unidad del género humano a una línea temporal única de desarrollo histórico inevitable, las diferencias sociopolíticas y socioculturales eran necesariamente concebidas como diferencias evolutivas, por lo que la diversidad de modos de vida que no se ajustaban al concepto etnocéntrico y occidental de civilización eran básicamente una expresión del atraso de las sociedades. Desde el difusionismo, a su vez, los rasgos culturales más significativos tenían su único origen –exacto en términos cronológicos y espaciales– en esas civilizaciones evolucionadas, a partir de las cuales se dispersaban geográficamente y eran adoptados pasivamente por otras sociedades con menor grado de desarrollo. Este planteo polémico de la influencia directa a partir de un único foco no sólo desconsidera, sino que además obstaculiza la identificación de las distintas resignificaciones que las ideas, las prácticas y/o los artefactos experimentan cuando efectivamente son incorporados por una sociedad que no los ha inventado de forma independiente. Así las cosas, una clave teórica evolucionista se sumaba a otra difusionista con el objeto de explicar la aparición de ciertas creaciones materiales e intelectuales que, para nosotros, forman parte del bagaje normal de las sociedades contemporáneas y, a través de este camino, fundamentar la significación de los procesos históricos del antiguo Cercano Oriente desde la perspectiva temporal solidaria con el discurso hegemónico de un modelo civilizatorio específico. Nos referimos al discurso según el cual hoy, luego de varios siglos de extraordinarias articulaciones dialécticas de saberes y valores, Occidente representa el modelo de vida ideal, universal y globalizado. En efecto, como afirma el historiador Marcelo Campagno,

No hace falta abundar demasiado en detalles para poder advertir que tal versión de la historia, al amparo de una concepción evolucionista aún dominante en la percepción de los procesos sociales, legitima abiertamente la expansión de ese Occidente sobre el resto del planeta, naturalizando su experiencia histórica como la experiencia histórica y jerarquizando las sociedades por su mayor o menor similitud con el decurso de esa experiencia⁷⁵.

Más allá de las consecuencias teóricas que conlleva esta visión para el análisis de los procesos históricos, sus contenidos tienen además consecuencias de peso sobre los terrenos actuales de la política y la ideología en una importante medida. La expresión más potente y extrema de tales percepciones –especialmente en sus expresiones tecnocráticas y neoliberales vigentes en la actualidad– es lo que puede ser descripto literalmente como la “naturalización de las relaciones sociales”, la noción de acuerdo a la cual las características de una determinada sociedad son la expresión de las tendencias espontáneas y naturales de la evolución histórica. La sociedad occidental, moderna y capitalista se constituye, desde esta perspectiva, no sólo en

⁷⁵ MARCELO CAMPAGNO, "Próximos y Distantes: Egipto y África, del Período Predinástico al Reino Antiguo", en Roxana Flammini (comp.), *Aproximación al Antiguo Egipto*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Católica Argentina, 2004, p. 52.

el orden social deseable, sino en el único posible, imponiendo la "falsa coartada" de que la política y el debate son elementos innecesarios, en la medida en que ya no hay alternativas posibles a ese modo de vida⁷⁶. En esta línea, las historiadoras Cristina De Bernardi y Eleonora Ravenna señalan que

La pervivencia de esta forma de pensar la Historia demuestra, además, que los viejos prejuicios –propios del paradigma evolucionista del progreso– se resisten a morir y, por el contrario, se ven alentados por un mundo de poder que ha demostrado ser unipolar y por la imposición de un pensamiento único. Cuando los modelos económicos determinan la exclusión social de gran parte de la población de cada país, y de países y continentes enteros del concierto mundial, no es sorprendente la reaparición, solapada o abierta, de posiciones a las que otrora denomináramos eurocéntricas y que ahora con mayor precisión podríamos definir como "occidentocéntricas", con todo lo cultural e histórico que la noción de Occidente contiene. Esto no sólo afecta los alineamientos políticos, sino también el campo académico y científico en general, por el riesgo de que en cualquier momento la autonomía del pensamiento pueda ser interpretada como amenaza a los intereses coyunturales o de largo plazo del poder instituido⁷⁷.

Aunque las propuestas evolucionistas y difusionistas han ido perdiendo numerosos adeptos, aún hoy se encuentran muy arraigadas en la cultura académica. Referencias de esta proyección pueden encontrarse, por ejemplo, en las ideas de "sociedades evolucionadas" o de "cultura madre" empleadas en artículos de revistas de divulgación científica o en manuales escolares de historia y ciencias sociales de uso corriente. Independientemente del formato de tales productos, a lo largo de las páginas el mayor peso explicativo recae en la hipótesis de una supuesta evolución de carácter inevitable que experimentan en un determinado momento uno o más centros poblacionales, por lo general localizados en los valles de los ríos Nilo, Tigris y Éufrates, para luego comenzar a operar como "focos de irradiación cultural" hacia otras regiones. En consecuencia, la narración elaborada sobre la historia del antiguo Cercano Oriente, lejos de brindar una clave interpretativa más compleja, asume la forma de una esquemática sinopsis, plagada de lugares comunes y prejuicios etnocéntricos, lo que Liverani ha descrito como "... una sucesión de invenciones, introducciones de nuevos elementos técnicos y culturales, modos de producción cada vez más eficaces, formaciones políticas cada vez más complejas y expresiones humanas cada vez más libres y elevadas"⁷⁸.

⁷⁶ Cfr. ATILIO BORÓN, "Pensamiento único y resignación política: los límites de una falsa coartada", en: Atilio A. Borón, Julio Gambina y Naum Minsburg (comps.), *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 1999.

⁷⁷ CRISTINA I. DE BERNARDI y ELEONORA RAVENNA, "«Orientalism» in Latin American Prospect", en: Giuseppe Regalzi (ed.) *Mutuare, interpretare, tradurre: storie di culture a confronto. Atti del 2º Incontro «Orientalisti» (Roma, 11-13 dicembre 2002)*, Roma, Università degli Studi «La Sapienza», 2006, p. 25. Traducción nuestra.

⁷⁸ MARIO LIVERANI, *El Antiguo Oriente...*, p. 728.

Una segunda réplica se resume básicamente en la influencia nociva que ha tenido un imaginario etnocéntrico en el modo en que ha sido delimitado y caracterizado el espacio habitado por las sociedades antiguas. Por lo general, el área en el que solemos movernos a lo largo de esa historia de muchos milenios corresponde, en grandes líneas, al valle del Nilo, la Mesopotamia asiática, el corredor sirio-palestino, la península anatólica, el golfo pérsico y la península arábiga. Esta macro-región tiene algunos límites bien precisos (el mar Mediterráneo al norte y oeste, el mar Negro al noroeste y el mar Rojo) y otros más imprecisos, aunque claramente perceptibles (las estepas del Asia central al norte, el desierto del Sahara al suroeste y el desierto de Arabia al sur). Sobre esa realidad espacial se estructuró, a lo largo del siglo XX, una abigarrada superposición de mapas mentales que formaron una especie de "palimpsesto" de cartografías constantemente reelaboradas y precisadas al ritmo de las investigaciones y agendas políticas, pero que conservaban tenues –y, en algunos casos, no tan tenues– trazos de la visión anterior.

Así, un primer mapa mental consagraba la idea de *Creciente Fértil* –o, como también suele encontrarse, "Media Luna de las Tierras Fértiles"–, categoría acuñada por quien fuera el fundador del Instituto Oriental, el reputado arqueólogo estadounidense James Henry Breasted (1865-1935), para referirse a la región histórica integrada por los territorios del Levante mediterráneo, Mesopotamia y Persia y que, incluyendo Egipto, se asemejaba por su forma a una extensa Luna creciente. Es un claro ejemplo de una temprana representación cartográfica que proveyó no sólo una explicación de las interacciones entre ambiente y sociedad desde un enfoque geográfico determinista, sino también para justificar la implementación de programas políticos en la región. Por su parte, el término "Oriente Medio", acuñado por los británicos, no estuvo basado estrictamente en consideraciones históricas y culturales, sino que reflejaba los intereses estratégicos occidentales. Respaldado por instituciones militares y económicas, este concepto devino en una realidad espacial con fuerte performatividad política, ya que incluso fue incorporada por los propios actores políticos de la región. A estos dos conceptos podríamos agregar las múltiples acepciones del término "Cercano Oriente", ya que su uso comprende valoraciones contradictorias del papel de Egipto y el Asia suroccidental en la formación del mundo mediterráneo antiguo, medieval y moderno, estereotipos románticos e imperialistas acerca de la correspondencia entre el Islam y el desierto, así como también referencias sobre la fertilidad y potencial productivo del área en el pasado frente a las amargas postales de desertificación, erosión del suelo y deforestación que sufre en la actualidad⁷⁹.

Los diferentes imaginarios cartográficos sobre Oriente sedimentaron sentidos en las percepciones del espacio que además de evocar cierta memoria de un territorio controlado

⁷⁹ Cfr. THOMAS SCHEFFLER, "«Fertile crescent», «Orient», «Middle East»: the changing mental maps of Southwest Asia", en: *European Review of History* 10 (2), 2003, pp. 253-272.

antiguamente por pueblos avanzados, tornaron factible ciertas dinámicas de hegemonía en la geopolítica regional. Pero no debemos pasar por alto el hecho de que las diversas imágenes de ese "otro" espacio poseen un denominador común: todas ellas han estado fuertemente apegadas a una vieja delimitación proveniente de los estudios orientales de principios del siglo XX –conectada con la visión de un pasado cultural monumental dejado por las primeras exploraciones arqueológicas⁸⁰– para hacer referencia a las tierras situadas al este de Europa. Ahora bien, si aceptamos que la división entre Oriente y Occidente constituye un dato objetivo de la realidad, es necesario que nos preguntemos si ese Oriente engloba únicamente Asia. De ser así, dejaríamos fuera de toda consideración a Egipto, el cual ha sido tradicionalmente incorporado en los estudios del antiguo Oriente como una entidad sociopolítica y cultural única del África antigua y desprovista de vínculos con otras poblaciones contemporáneas que poblaron la región noreste del continente. Y cómo debemos interpretar, según esos parámetros, la fundación de una serie de colonias por parte de los fenicios en las principales costas e islas del mar Mediterráneo occidental o inclusive aquellas establecidas por los griegos en los bordes de Asia Menor durante su expansión. Tales interrogantes no hacen otra cosa que suscitar más críticas y hacer tambalear la supuesta solidez la perspectiva determinista. Como afirma Cristina De Bernardi,

Es evidente que tomar como base para una división de la historia la cuestión geográfica es cuanto menos insuficiente. Si el determinismo geográfico hace ya mucho tiempo fue a parar al desván de las teorías sociales ¿qué circunstancias autorizan a que dividamos la historia en Asia, África, Europa sin tener en cuenta los elementos propios de la configuración histórica (la compleja integración que constituye su unicidad)? ¿Y qué prejuicio etnocentrista ha llevado a los científicos a imponerle hasta a la realidad física una división que en ella no existe? ¿Acaso podemos darle a Europa el pomposo nombre de continente siendo que morfológicamente es una península del bloque euroasiático?⁸¹

⁸⁰ Cfr. MOGENS TROLLE LARSEN, "Orientalism and the Ancient Near East", en: *Culture and History* 2, 1987, pp. 96-115; MOGENS T. LARSEN, "Orientalism and Near Eastern archaeology", en: Daniel Miller, Michael Rowlands y Charles Tilley (eds.), *Domination and Resistance*, New York, Taylor & Francis, 1989; JAMES MAIER, "The Ancient Near East in Modern Thought", en: Jack M. Sasson (eds.), *Civilizations of Ancient Near East*, vol. 1. Massachusetts, Hendrikson Publishers, 2006 [1995]; JOAQUÍN MARÍA CÓRDOBA y COVADONGA SEVILLA CUEVA, "El redescubrimiento del Oriente Próximo y Egipto antiguos", en: *La Aventura de la Historia* 1 (6), Barcelona, 1999, pp. 1-19; JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN y ANTONIO PÉREZ LARGACHA, *Egiptomanía. El mito de Egipto de los griegos a nosotros*, Madrid, Alianza, 2003; HELEN WHITEHOUSE, "Egypt in European Thought", en: Jack M. Sasson (ed.), *Civilizations of Ancient Near East*, vol. 1, Massachusetts, Hendrikson Publishers, 2006 [1995]; JAN ASSMANN, "El lugar de Egipto en la historia de la memoria de Occidente", en: Gerhard Schroeder y Helga Breuning (coords.), *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005; FAHAD M. AL-OTAIBI, "Towards a Contrapuntal Reading of History: Orientalism and the Ancient Near East", en: *Journal of King Saud University. Science & Arts* 19 (2), 2006, pp. 55-66; GREGORIO DEL OLMO LETE, "Descubrimiento del Oriente Antiguo y su impacto cultural en Occidente", en: *Séptimo Centenario de los Estudios Orientales en Salamanca*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2012; ROCIO DA RIVA y JORDI VIDAL (eds.), *Descubriendo el Antiguo Oriente. Pioneros y arqueólogos de Mesopotamia y Egipto a fines del s. XIX y principios del s. XX*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2015.

⁸¹ CRISTINA I. DE BERNARDI, "Algunas reflexiones sobre los estudios de Historia Antigua Oriental", en: *Anuario de la Escuela de Historia (UNR)* 12, Rosario, 1987, p. 525.

La idea de que existe un mundo "occidental" y un mundo "oriental" se ampara en el ingenuo planteo de que la humanidad se ordena espacial y culturalmente en civilizaciones homogéneas, más o menos herméticas y mutuamente inconmensurables, producto del supuesto vínculo existente entre territorio, cultura y moral, reforzando así los postulados del fundamentalismo cultural. Tales predicados no sólo han obstaculizado la comprensión de los espacios, sociedades y culturas de Oriente, sino que además fueron retomados por pretendidos análisis racionales para explicar la geopolítica internacional y la codificación de diversos conflictos sociales y bélicos a principios del siglo XXI, reintroduciendo el eufemístico concepto de "choque de civilizaciones"⁸².

Sin embargo, cuando escrutamos esta tesis desde el discurso historiográfico, es perceptible que constituye el efecto de una representación occidentocéntrica de vieja data, suficientemente arraigada en el imaginario colectivo, pero que resulta ser apenas la "punta del iceberg" de ese largo, complejo, híbrido y sinuoso proceso de construcción social que Edward Said estudió en su libro *Orientalismo*. La conclusión a la que arribaba este autor es que el orientalismo constituye "un discurso que habilita una disciplina sistemática a través de la cual la cultura europea ha sido capaz de manipular –e incluso de dirigir– a Oriente desde un punto de vista político, militar, sociológico, ideológico, científico e imaginario"⁸³. Aunque simple y breve, esta definición nos posibilita comprender que Oriente no es una realidad dada, natural y objetiva que simplemente está allí, sino que se trata de una entidad tanto geográfica como cultural e histórica que permite definir, en el contraste, la imagen, personalidad y experiencia de Occidente. Entonces, a través de esta serie de procesos históricos, juegos de poder y jerarquías axiomáticas, Europa y más tarde Estados Unidos imaginaron fronteras fijas y delimitadas que escindían a dos mundos homogéneos en su interior. De este modo, tanto la política como la academia produjeron –al menos desde el discurso– un mundo del Cercano Oriente Antiguo propio, interiormente homogéneo y sin fracturas, cercano a la civilización occidental y uniformizado tanto en términos geográficos como culturales y, en consecuencia, tal imaginario

⁸² Mientras que el concepto moderno de civilización es popularizado por Oswald Spengler en sus dos volúmenes *La decadencia de Occidente* (1922), la noción de "choque de civilizaciones" fue introducida por Arnold J. Toynbee a partir de su gran colección de *Estudio de la Historia* (1955), aunque éste la restringe al ámbito geopolítico, simplificando los fenómenos de contactos culturales entre civilizaciones. Toynbee considera el fenómeno como un "contacto espacial entre civilizaciones", y lo refiere como un fenómeno de desafío y respuesta: el primer "empujón" que una civilización da a otra, es contestado por ésta, lo que a su vez mueve a la primera a enviar un tercer empujón, y así sucesivamente hasta que una de ellas termina derrotada. En un artículo publicado en la revista *Foreign Affairs* de 1993, Samuel Huntington retoma el concepto de Toynbee afirmando que los actores políticos principales del siglo XXI serían las civilizaciones y que los principales enfrentamientos serían los "conflictos entre civilizaciones", y no entre Estados-nación, ideologías políticas o sistemas económicos como lo fue durante la mayor parte del siglo XX. Más tarde amplió sus argumentos en un libro que tituló *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* (1996), una obra que, desde el momento de su difusión, ha recibido críticas desde múltiples ángulos. Acerca de las diferentes respuestas críticas a la tesis formulada por Huntington, *cfr.* ZIAUDDIN SARDAR, *Extraño Oriente. Historia de un prejuicio*, Barcelona, Gedisa, 2004 [1999], p. 148; EDWARD SAID, "The Myth of 'The Clash of Civilizations'" [Transcripción de la Conferencia]. Northampton, Media Education Foundation, 1998 <http://www.mediaed.org/assets/products/404/transcript_404.pdf>

⁸³ EDWARD SAID, *op. cit.*, p. 21.

constituyó un componente central en la gestación de la propia idea de un Occidente que venía construyéndose desde la época greco-latina⁸⁴. Además, esta supuesta uniformidad imaginaria acarrea importantes limitaciones para el reconocimiento de problemas históricos de hondas raíces y relevancia actual. No sólo hace pasar por alto las características internas de un marco geográfico y ecológico tan extenso como diverso, obstaculizando la reflexión sobre sus implicancias en las estrategias y modos de vida configurados por el hombre a lo largo de la historia para adaptarse a un medio a veces hostil y, viceversa, sobre el profundo impacto de las acciones humanas sobre el ambiente y los recursos. Dicho constructo conceptual también conlleva a la simplificación de la propia dinámica sociohistórica, especialmente en lo que se refiere a las antiguas redes de contacto que articulaban internamente la macro-región y externamente con otros espacios, al subrayar la gama de interacciones con determinadas zonas e invisibilizar –hasta lo inimaginable– la existencia de otros vínculos en función de su significación para la experiencia occidental y su escala de valores.

Existe, sin embargo, una tercera impugnación crítica al modo en que se valorizan las formas de organización de las sociedades del Cercano Oriente antiguo desde este paradigma y se refiere al concepto de “cultura” que subyace en el tratamiento de estas experiencias históricas. Si revisamos buena parte de la producción académica y manualística-escolar referida a la historia antigua de la primera mitad del siglo XX, será sencillo notar la presencia de definición de “cultura” asociada a una noción evolucionista de “civilización”, haciendo referencia por lo general a una etapa por la cual pasaron ciertas sociedades, logrando un alto nivel de complejidad y sofisticación en sus expresiones materiales y simbólicas, además de haber desarrollado centros urbanos y organizaciones políticas estables. Con semejante criterio, es fácil comprender por qué ciertas elecciones temáticas sobre el desarrollo cultural de los antiguos pueblos del Próximo Oriente resulten preponderantes, como por ejemplo, a) el énfasis en el estudio de sociedades urbanas y estatales en detrimento de otras poblaciones con modos de vida diversos; b) la preponderancia de una visión desde arriba, con atención centrada en las hazañas de los grandes hombres y la vida de las elites, mientras que al resto de los grupos de la sociedad se le asignaba un papel menor en el drama de la historia; c) el tratamiento de las creaciones en materia tecnológica, científica, arquitectónica, artística y religiosa como prueba de su avanzada evolución cultural, relevando aquellos legados que se encontraban en la raíz de los logros de todas las épocas; y d) la presencia de dispositivos escriturarios como criterio fundante de lo “histórico” y, por contraste, su ausencia como marcador por excelencia de una

⁸⁴ Acerca del discurso orientalista como componente de la identidad occidental, *cfr.* ZIAUDDIN SARDAR, *op. cit.*; JACK GOODY, *El robo de la historia*, Madrid, Akal, 2011 [1996]; ZACHARY LOCKMAN, *Contending Visions of the Middle East. The History and the Politics of Orientalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004; SUSANA B. MURPHY (comp.), *Repensando Oriente-Occidente*, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2006; AAYESHA RAFIQ, "From European to American Orientalism", en: *Academic Research International* 5 (4), 2014, pp. 287-295.

supuesta "prehistoria" o "edad oscura"⁸⁵, descartando del análisis a las sociedades ágrafas – tanto aquellas que gestaron alguna modalidad específica de registro sobre ciertos materiales como aquellas que simplemente no desarrollaron ninguno⁸⁶.

En efecto, la atomización del conocimiento impuesta por los enfoques evolucionistas y positivistas condujo a una descripción insuficiente de las sociedades antiguas de Egipto y Próximo Oriente, centrando la lente de análisis en aquellas que configuraron sofisticadas estructuras estatales de vasta extensión territorial y dominio político sobre etnias diversas, que dieron lugar a economías excedentarias (caracterizadas por el autoabastecimiento, producción e intercambio de productos) e inventaron complejos sistemas de escritura; en suma, aquellas que crearon grandes "civilizaciones" y constituyeron una suerte de telón de fondo de acontecimientos que significaron la incorporación plena y definitiva de Oriente en entidades políticas de escala suprarregional. Esta preferencia significó, además, que las comunidades que no encajaban en esos parámetros por tratarse de poblaciones ágrafas, con organizaciones políticas no estatales y estilos de vida nómada, fueran caracterizadas como pueblos inferiores, "salvajes" o "bárbaros" y consideradas irrelevantes en el marco de la búsqueda de las raíces de la cultura occidental, quedando no sólo sin lógica explicativa, sino también –y directamente– fuera de la historia, relegadas al silencio y al olvido. Sin embargo, es necesario evitar la apreciación errónea de que la importancia histórica de una sociedad deriva de –o es proporcional a– sus logros culturales o a su forma de organización sociopolítica. Cuando se piensa bajo esos parámetros, en el fondo se está sosteniendo que existen un conjunto de cualidades que permiten medir la inteligencia de una sociedad y determinar si se corresponden (o no) al desarrollo intelectual y moral de una civilización, siendo esta última concebida como el producto de una mentalidad superior. Además, es un acto muy grave a nivel ético pensar que existen grupos humanos inferiores a otros por el simple hecho de no compartir las mismas formas de gobierno, creencias religiosas y estilos de vida y que, en virtud de éstas, puedan ser objeto de burlas y humillaciones, cuando no de olvido.

Buena parte de esas impresiones y argumentos etnocéntricos sobre la utilidad del estudio histórico de las sociedades antiguo-orientales en la formación humanística han caído en un

⁸⁵ Acerca de la definición de cultura asociada a la noción evolucionista de "civilización", *cfr.* JOSEP CERVELLÓ AUTUORI, *Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*, Sabadell, Editorial AUSA, 1996, pp. 14-15. Acerca de los conceptos "prehistoria" y "edad oscura" y sus críticas, *cfr.* JUAN A. SANTOS VELASCO, "Sobre el término y el contenido de la Prehistoria", en: *Iberia* 1, 1998, pp. 19-35; CARLO EMILIO PIAZZINI, "Prehistoria: Formación y Consecuencias de un Concepto Negativo", en: *International Journal of South American Archaeology* 3, 2008, pp. 15-27; PETER JAMES, *Siglos de oscuridad. Desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo*, Barcelona, Crítica, 1993.

⁸⁶ Acerca de las sociedades letradas y ágrafas en la antigüedad, *cfr.* JACK GOODY, *La domesticación del pensamiento salvaje*, Madrid, Akal, 1985 [1977]; JACK GOODY, *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*, Madrid, Alianza, 1990 [1986]; JACK GOODY, *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Madrid, Gedisa, [1968]; WALTER J. ONG, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000 [1982]; ALAN K. BOWMAN y GREG WOOLF, (comps.), *Cultura escrita y poder en el Mundo Antiguo*, Madrid, Gedisa, 2000 [1994]; ANA R. MAYORGAS, *Arqueología de la palabra. Oralidad y escritura en el mundo antiguo*, Barcelona, Bellaterra, 2000.

notable descrédito a partir de los resultados brindados por historiadores, arqueólogos y antropólogos desde, al menos, el último cuarto del siglo XX, dentro de las tradiciones académicas más reputadas a nivel mundial e, inclusive, dentro de aquella fundada tempranamente en nuestro país⁸⁷. En efecto, ya sea porque se han ampliado los materiales documentales disponibles –lo que en sí mismo constituía el mayor factor condicionante–, ya sea porque los especialistas han protagonizado una importante renovación desde el punto de vista de las temáticas y los principios teórico-metodológicos, o bien porque nuevos y jóvenes elencos de investigadores se han sumado a los esfuerzos por dilucidar ciertos procesos sociohistóricos que hicieron a la conformación de tales sociedades, los estudios antiguo-orientales tomaron distancia de los *clichés* historiográficos que los retrataban como saberes inmóviles, propios de un “quehacer de anticuarios”, y presentaron interpretaciones alternativas y superadoras respecto de lo conocido hasta el momento.

En esa dirección, tomar conciencia de los prejuicios etnocéntricos y retóricas esencialistas que inducen tales posiciones historiográficas nos debe conducir a repensar el modo en que transmitimos la historia de estos antiguos pueblos y proponer perspectivas nuevas y alternativas. Se trata de cuestiones no siempre advertidas y problematizadas, ya que somos conscientes que modificar nuestras formas de pensar no constituye una tarea fácil. Nada fácil, pero necesaria y –de algún modo– urgente debido al fuerte contenido ideológico y político de tales perspectivas, las cuales en la superficie pudieran representar meros matices de carácter narrativo, pero que en el fondo resultan ser una peligrosa fachada para planteos teóricos funcionales con el rebrote de posiciones fundamentalistas, racistas y xenófobas en el panorama internacional reinante y de una ideología neoliberal que se muestra aún muy fuerte a comienzos de este tercer milenio⁸⁸.

⁸⁷ Acerca de los estudios antiguo-orientales a nivel mundial, *cfr.* MARC VAN DE MIEROOP, “Recent Trends in the Study of Ancient Near Eastern History: Some reflections”, en: *Journal of Ancient History* 1 (1), 2013, pp. 83-98; JUAN CARLOS MORENO GARCÍA, “Recent developments in the Social and Economic History of Ancient Egypt”, en: *Journal of Ancient Near Eastern History* 1-2, 2014, pp. 1-31; JUAN CARLOS MORENO GARCÍA, “The cursed discipline? The peculiarities of Egyptology at the turn of the Twenty-First century”, en: W. Carruthers (ed.), *Histories of Egyptology: Interdisciplinary Measures*, Londres, 2014, pp. 50-63. Sobre la situación de los estudios antiguo-orientales en nuestro país, *cfr.* HORACIO MIGUEL HERNÁN ZAPATA, “Los estudios sobre el Cercano Oriente Antiguo en Argentina: breves apuntes sobre algunos recorridos de una historiografía renovada”, en: *Épocas. Revista de Historia* 14, 2016, pp. 9-42.

⁸⁸ *Cfr.* ETIENNE BALIBAR, *Violencias, identidades y civilidad. Para una cultura política global*, Madrid, Gedisa, 2005 [1997], pp. 47-59. Es un hecho conocido que el ataque terrorista a las Torres Gemelas –denominado el atentado del 11/9– y la respuesta estadounidense –la invasión político-militar a Irak– produjeron un escenario que renovó estas imágenes ya profundamente arraigadas. La antigua oposición entre civilización occidental (representada por la democracia y el “estilo de vida estadounidense”) y barbarie oriental (personificada por Osama Bin Laden y el Islam) recuperó sus bríos y exacerbó el conjunto de acciones que ponían de manifiesto de que se trataba de un enfrentamiento absoluto entre nosotros y los otros. A comienzos de enero de 2015, el atentado reaccionario perpetrado en las oficinas del semanario satírico parisino *Charlie Hebdo*, acto brutal y criminal sin justificación alguna condenado por la opinión internacional, ocupó el centro de la escena mundial y actualizó la problemática. Se trató de otro nuevo suceso que concitó múltiples interrogantes sobre lo que está implicado en el mismo, sobre su contexto y precedentes, así como también sobre su impacto directo en la sociedad francesa y sus repercusiones futuras a nivel global. En las distintas respuestas, forjadas en un espacio determinado –París, la gran metrópolis política y cultural de Europa–, sus productores hicieron valer diagnósticos contrapuestos sobre los problemas políticos y éticos que acarrea inexcusablemente el respeto y la defensa de la “libertad de expresión” y “libertad de

UNA PERSPECTIVA INTERCULTURAL DEL CERCANO ORIENTE ANTIGUO

Practicada una lectura crítica de ese discurso que moldeó el lugar de las sociedades antiguas del Cercano Oriente en la historia desde una operación historiográfica y epistémica centrada en Occidente, es preciso ofrecer visiones alternativas a las predominantes y, de ese modo, resituar y problematizar el sentido de las sociedades y culturas del Cercano Oriente Antiguo en el curso de la historia. Si ya no podemos continuar apelando a esa definición que aprendimos en la escuela de que historia humana comienza con el origen de la escritura; o al planteo de que Oriente Próximo constituye la cuna de la civilización occidental, o a la idea de que tales sociedades alcanzaron un nivel de evolución cultural tal que les permitió difundir sus "adelantos" en múltiples direcciones. Si, en definitiva, esos lugares comunes acerca del Cercano Oriente antiguo ya no tienen razón de ser y merecen ser sepultados (o enriquecidos con otras perspectivas acordes al estado actual de los debates teóricos e historiográficos), resta entonces que nos preguntemos ¿qué importancia podemos atribuir al estudio histórico de las antiguas sociedades afroasiáticas? ¿Cuál otro valor podría tener la rememoración de procesos socioculturales tan remotos en tiempo y espacio para la vida en el presente?

El estudio del Cercano Oriente antiguo es relevante porque, en primer lugar, recapitular su historia significa, nada más y nada menos, que acceder al conocimiento del origen de una serie de artefactos, de instituciones y de ideas significativas que siguen existiendo en nuestra vida cotidiana e integran el gran acervo cultural moderno. Si queremos conocer el presente en su integridad, es conveniente que lo hagamos a partir del pasado que ha construido este presente y es justamente la historia la que nos proporciona ese conocimiento global de los hombres viviendo en sociedades. Ni el mundo contemporáneo –capitalista y globalizado– ni tampoco las actuales realidades americana y argentina han nacido en el vacío. Existen, entonces, numerosos elementos –unos de orden material, otros de orden simbólico y acaso trascendentes– de nuestra civilización actual, tan engréida e inmodesta, que tienen sus raíces directas en los principios organizacionales de aquellas antiguas sociedades desarrolladas en las riberas de los ríos Nilo, Tigris y Éufrates y en sus áreas circundantes. Señalando esto no queremos volver a invocar el viejo paradigma de *Ex Orient Lux* para fundamentar la trascendencia de este período

conciencia". Las posiciones fueron polarizándose aún más cuando salió a la luz el hecho de que la comunidad islámica –una de las mayores comunidades religiosas de Europa–, aquella señalada por la opinión mayoritaria como única responsable del atentado, haya sido una de las primeras colectividades confesionales que se solidarizaron y manifestaron en contra de esta tragedia a pesar de haber sido sistemáticamente humillada por la línea editorial de esta publicación a lo largo de los años. Las diversas percepciones articuladas alrededor de este trágico acontecimiento conllevaron la resignificación de viejos estereotipos y prejuicios a través de un discurso islamofóbico. Este discurso, de cuño orientalista, eurocéntrico y racista, concibe a las comunidades de origen árabe y que practican la religión musulmana como poblaciones bárbaras a las cuales hay que controlar, reprimir, oprimir y exterminar. Acerca de los conflictos generados a partir del discurso islamofóbico en el escenario político mundial, cfr. HICHEM DJAIT, *Europa y el Islam*, Madrid, Libertarias, 1990; Z. SARDAR, *op. cit.*, pp. 41-86; UMBERTO ECO, MICHEL CAMDESSUS, JEAN DANIEL y ANDREA RICCARDI, *Islam y Occidente. Reflexiones para la convivencia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005 [2003]; MUSTAPHA CHÉRIF, *El Islam y Occidente*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007.

histórico, sino simplemente señalar la necesidad que tenemos de explorar, según la denominación esgrimida por Mario Liverani, las “formas simples” de las grandes invenciones materiales e intelectuales del hombre y que conformaron una suerte de “gramática elemental de la historia” para conseguir una mejor percepción de la naturaleza humana. A la luz de esas metáforas conceptuales, comprobamos que la historia del Próximo Oriente puede constituirse en

... un muestrario bastante rico y completo de... estas formas simples en el proceso de su formación, y más tarde en su despliegue todavía bastante libre de complicaciones... es como un “laboratorio” histórico privilegiado en el que ciertos fenómenos pueden ser estudiados en estado puro (por así decirlo), al no existir las interferencias que dificultan su reconocimiento y análisis en fases más avanzadas de la historia. Las formas simples son más fáciles de descubrir en su estadio inicial y a nivel ingenuo, pero una vez descubiertas es fácil seguirles la pista como elementos de construcciones mucho más sofisticadas⁸⁹.

En efecto, es innegable que en aquel período, que se extiende a lo largo de varios milenios y que ocurre en un marco geográfico tan extenso como diverso, han tenido lugar una serie de procesos de cambio decisivos y trascendentales para la humanidad a nivel histórico, derivados del asentamiento de diferentes grupos étnicos en comunidades permanentes y del tránsito de economías cazadoras-recolectoras a agrícola-ganaderas, como las primeras manifestaciones de la vida aldeana; la producción organizada de alimentos, herramientas y otros enseres; la consolidación del patriarcado y relaciones desiguales de género; la ordenación del comercio y la circulación de los bienes de intercambio; la aparición de las primeras ciudades; el surgimiento y la disolución de dinámicas estatales prístinas; la invención de sistema de escrituras y otros dispositivos que permiten fijar y propagar el saber; la sistematización de prácticas judiciales y normas sociales; el funcionamiento de los primeros mecanismos de control social; las primeras modalidades de guerra; la sanción de acuerdos y tratados de paz; la plasmación de modos de representación del mundo determinados por la condición sagrada, entre otros. Ahora bien, hasta qué punto esas sociedades vivieron dichos procesos de transformación de forma propia o si, en todo caso, capitalizaron viejas ideas y prácticas en un nuevo contexto sociocultural son, en todo caso, preguntas interesantes y cruciales, pero cuya discusión no corresponde a este lugar⁹⁰.

⁸⁹ MARIO LIVERANI, *El Antiguo Oriente...* cit., pp. 726-727.

⁹⁰ La polémica sobre este punto ha sido muy viva en estos últimos tiempos y no nos atreveríamos a darla como resuelta. Algunos autores sostienen que ya existía un número importante de elementos y prácticas sociales cuando se estructuraron en la Mesopotamia asiática meridional y en valle del Nilo las condiciones de posibilidad que condujeron al surgimiento a gran escala de un nuevo tipo de dinámicas sociopolíticas y económicas en estas zonas. De momento da la impresión de que estas dos regiones adoptaron unos conocimientos y técnicas perfeccionadas ya en otros rincones de Oriente Próximo y que, probablemente debido a la existencia de determinadas circunstancias que permanecen en el terreno de las hipótesis, acabaron diferenciándose tanto en su forma de organización como en la dimensión de sus prácticas respecto de esas otras zonas habitadas. Cfr. MARIO LIVERANI, *El Antiguo Oriente...*, pp.

Habiendo planteado esa cuestión, no podemos afirmar simple y categóricamente que “la historia empieza” y, por tanto, la génesis de nuestra civilización tenga lugar en el Cercano Oriente –por parafrasear el título de un libro clásico y retomado recientemente⁹¹. Esos antiguos pueblos no fueron, en absoluto, los únicos autores de realidades y pensamientos fundamentales para el género humano. En la actualidad, la gran cantidad de testimonios disponibles viene a subrayar que existieron distintos asentamientos de población localizados en otros puntos del planeta cuyos habitantes gestaron, de forma autónoma, verdaderos “procesos civilizatorios”, materializados en novedosos modos de adaptación al medio ambiente y aprovechamiento de sus recursos, sistemas de organización social, económica y política, formas de adquisición, registro y transmisión de los conocimientos, expresiones culturales y concepciones ideológicas que pasaron a componer, en última instancia, parte importante de las grandes creaciones culturales. Fuera de Egipto y Próximo Oriente, pero continuando en el ámbito asiático, pueden identificarse dos núcleos civilizatorios: aquellos con centro en los valles del río Indo y del río Amarillo respectivamente. No podemos decir lo mismo de Grecia y Roma, ya que ambas sociedades no emergen de una forma espontánea, sino que lo hacen dentro del marco de interacciones con las demás civilizaciones contemporáneas del espacio mediterráneo. Y en la América precolombina, surgieron otros dos importantes núcleos civilizatorios: Mesoamérica y el área andina. Cabe mencionar que estas últimas civilizaciones, así como la india y la china, no lograron influenciar sino hasta más adelante a las demás sociedades, debido a su aislamiento histórico.

En vista que esos “acontecimientos” –en un sentido *foucaultiano* del término⁹²– tuvieron lugar en diversas coordenadas espacio-temporales, el conocimiento histórico de las sociedades orientales antiguas es importante, entonces, porque abre la posibilidad de situar la multiplicidad de estructuras y procesos que caracterizaron tal período histórico dentro de un panorama más amplio de civilizaciones originales y examinarlos desde un enfoque histórico comparado⁹³. A modo de digresión, cabe anotar aquí que suele ser frecuente entre los científicos

62-94; AMELIE KUHR, *El Oriente Próximo en la Antigüedad, c. 3000-330 a. C.*, vol. 1, Barcelona, Crítica, 2014 [1995], pp. 28-29.

⁹¹ Nos referimos al libro de SAMUEL NOAH KRAMER, *La historia empieza en Sumer*, Madrid, Alianza, 2010 [1956] y a la recientemente obra de JOSÉ MIGUEL PARRA ORTIZ, *La historia empieza en Egipto. Eso ya existía en tiempos de los faraones*, Barcelona, Crítica, 2011.

⁹² Cfr. MICHEL FOUCAULT, *El orden del discurso*, México D. F., Tusquets, 2013 [1971]; PAUL VEYNE, *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid, Alianza, 1984 [1978], p. 4.

⁹³ Fue Marc Bloch quien a través de su obra *Los reyes taumaturgos* (1924), texto que invitaba a recorrer la historia de las creencias colectivas del milagro real, proponía comparar sociedades cercanas en el tiempo y en el espacio que se influían mutuamente, es decir, sociedades sujetas por su proximidad a la acción de los mismos grandes fenómenos y a la presencia de rasgos originarios comunes. A través de sus páginas, este insigne historiador francés instaba a adoptar esta modalidad para elaborar y resignificar los problemas históricos al sostener que no habría conocimiento verdadero si no se tenía una escala de comparación. Es innegable que la perspectiva histórica comparada constituye una de las grandes promesas incumplidas de la historiografía occidental del siglo XX y ello se debe a las varias dificultades y recaudos que acarrea su ejercicio. Acerca de la comparación histórica, cfr. MARCEL DETIENNE, *Comparar lo incomparable. Alegato en favor de una ciencia histórica comparada*, Barcelona, Península, 2001 [2000]; JEAN-MARIE HANNICK, “Brève histoire de l’histoire comparée”, en Guy Jucquois y Cristophe Vielle (eds.),

sociales que aborden el estudio de una sociedad o una cultura a partir de dos posiciones hermenéuticas –por supuesto, con matices entre una y otra– que a *grosso modo* podrían describirse del siguiente modo: por una parte, están los investigadores que buscan aquellos rasgos que tienen en común con la cultura que se pretende conocer, esto es, tratan de encontrar, detrás de las características distintivas de esa sociedad, aquello que une y que es similar a lo propio; por otra, están los investigadores que se dedican a hallar las diferencias más radicales, lo que significa que las expresiones que podrían parecerse a la cultura propia dejan de resultar interesantes y son precisamente las diferencias o, aún más, los rasgos intraducibles los que atraen la atención y convocan al análisis. Y en el ámbito de los historiadores y arqueólogos, dichas actitudes han definido dos posturas simplistas y casi maniqueas en el plano teórico y práctico frente a las sociedades del pasado, con cuestiones éticas imbricadas en uno y otro caso: así, una postura “racionalista”, que afirma que todas las culturas en la historia son iguales, negando de plano la especificidad histórica de las mismas o –al menos– circunscribiendo aspectos singulares a ámbitos que no repercuten en el conjunto social, se contrapone a una postura “relativista”, según la cual las culturas son completamente diferentes y únicas, desconociendo las posibles matrices de experiencias comunes sobre las que se han desarrollado las culturas a lo largo de la historia⁹⁴.

Por el contrario, la clave teórica que nos permita percibir la vasta diversidad de modos de organización social en distintas situaciones sociohistóricas, incluso aquellas que otorgan relevancia al estudio del Cercano Oriente antiguo, debe situarse en las antípodas de tales posturas. Al señalar esta cuestión, entendemos que la comparación histórica resulta una vía hermenéutica sumamente rica para entrar en contacto con una gran diversidad de mundos, cosmovisiones, sociedades o culturas desde sus especificidades, semejanzas y diferencias. Por tanto, las culturas antiguas del Cercano Oriente pueden ser comparadas con otras sociedades contemporáneas que habitaron la actual porción occidental de la cuenca del mar Mediterráneo, tales como las civilizaciones de Grecia y Roma. Paralelamente, sobre la base de esas mismas dinámicas sociohistóricas, es posible plantear enfoques comparativos que permitan la integración teórica con otras experiencias distantes en tiempo y espacio, como aquellas que se gestaron en la América precolombina, particularmente en Mesoamérica y el área andina. Dichas analogías históricas permitirán identificar problemas y cuestiones que, sin tal hermenéutica, difícilmente podrían plantearse o no podrían reconocerse en absoluto. Con la intención de inferir puntos en común y de contraste, varios investigadores ya han señalado algunas de las posibles temáticas que pueden ser objeto de una mirada comparativa, como el

Le comparatisme dans les sciences de l'homme. Approches pluridisciplinaires, Bruxelles/Paris, De Boeck Université, 2000, 301-327; JÜRGEN KOCKA, *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 43-64.

⁹⁴ Cfr. BRUCE G. TRIGGER, *Understanding Early Civilizations. A comparative study*, New York, Cambridge University Press, 2003, pp. 3-14.

desarrollo de las primeras jefaturas complejas; el surgimiento de sociedades estatales e imperiales; las bases económicas y sociales que posibilitan su existencia, funcionamiento y expansión; los múltiples de modos que adquirió la toma de decisiones conforme al orden legal y los mecanismos institucionales vigentes; los fenómenos de colapsos políticos y crisis estructurales; los vínculos entre las sociedades y las representaciones simbólicas en la construcción de identidades colectivas; el rol de las ideologías religiosas en el ejercicio del poder; e, incluso, los modos de presentarse a sí mismas y de representar la alteridad⁹⁵.

Al proponer estos ejes de comparación analítica, no buscamos establecer alguna especie de contigüidad espacio-temporal entre las distintas sociedades que deleve la supuesta existencia de leyes universales detrás de sus periplos históricos y legitime la idea de “lo inevitable” en el decurso histórico, ni tampoco concebir la diversidad básicamente como la expresión cultural del desarrollo desigual o asincrónico de las sociedades, reduciendo la explicación a secuencias simplistas y/o esquemáticas. Mucho menos presentar la divergencia entre las dinámicas estatales del mundo oriental y prehispánico, por un lado, y del mundo greco-romano, por el otro –divergencia que podría sintetizarse bajo la fórmula “coerción sobre el súbdito frente a la libertad-igualdad del ciudadano”– como una prueba transhistórica de la aparente supremacía de las formas sociales de Occidente sobre otras, reduccionismo superficial cuyo peso ideológico sigue siendo importante más allá de los escenarios académicos, en especial en aquellos donde se trazan muy diversas políticas que rigen en las sociedades actuales. Al contrario, esas comparaciones consisten en una elección metodológica significativa que torna viable abrir la

⁹⁵ A modo de ejemplo, *cfr.* BRUCE G. TRIGGER, *Understanding Early Civilizations*, cit.; COLIN RENFREW y JOHN F. CHERRY (eds.), *Peer polity interaction and socio-political change*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; ELIZABETH M. BRUMFIEL y TIMOTHY K. EARLE (eds.), *Specialization, Exchange, and Complex Societies*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987; TIMOTHY EARLE (eds.), *Chiefdoms: Power, Economy, and Ideology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; ELIZABETH M. BRUMFIEL y JOHN W. FOX (eds.), *Factional competition and political development in the New World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994; T. DOUGLAS PRICE y GARY M. FEINMAN (eds.), *Foundations of Social Inequality*, New York, Springer, 1995; GARY M. FEINMAN y JOYCE MARCUS (eds.), *The Archaic State: A Comparative Perspective*, Santa Fe, 1998; SUSAN ALCOCK, TERENCE D'ALTROY y CARLA SINÓPOLI (eds.), *Empires: Archaeological and Historical Approaches*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001; TAMARA L. BRAY (ed.), *The Archaeology and Politics of Food and Feasting in Early States and Empires*, Cambridge, Kluwer Academic & Plenum Publishers, 2003; MU-CHOU PO, *Enemies of Civilization. Attitudes toward Foreigners in Ancient Mesopotamia, Egypt, and China*, State University of New York Press, Albany, 2005; CHRISTINA M. ELSON y R. ALAN COVEY (eds.), *Intermediate Elites in the Pre-Columbian States and Empires*, Tucson, The University of Arizona Press, 2006; IAN MORRIS y WALTER SCHEIDEL (eds.), *The Dynamics of Ancient Empires. State Power from Assyria to Byzantium*, New York, Oxford University Press, 2009; MARCELO CAMPAGNO (ed.), *Parentesco, patronazgo y Estado en las sociedades antiguas*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2009; MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGU y CARLOS GARCÍA MAC GAW (comps.), *Política y religión en el Mediterráneo Antiguo. Egipto, Grecia, Roma*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2009; T. DOUGLAS PRICE y GARY M. FEINMAN (eds.), *Pathways to Power. New Perspectives on the Emergence of Social Inequality*, New York, Springer, 2010; MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGU y CARLOS GARCÍA MAC GAW (comps.), *El Estado en el Mediterráneo Antiguo. Egipto, Grecia, Roma*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2011; MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGU y CARLOS GARCÍA MAC GAW (dirs.), *Rapports de subordination personnelle et pouvoir politique dans la Méditerranée antique et au-delà*, Besançon, Presses Universitaires de Franche-Comté, 2013; JANE A. HILL, PHILIP JONES y ANTONIO J. MORALES (eds.), *Experiencing Power, Generating Authority: Cosmos, Politics, and the Ideology of Kingship in Ancient Egypt and Mesopotamia*, Philadelphia, University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, 2013; MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGU y CARLOS GARCÍA MAC GAW (comps.), *Regímenes políticos en el Mediterráneo antiguo*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2016; MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGU y CARLOS GARCÍA MAC GAW (comps.), *Capital, deuda y desigualdad. Distribuciones de la riqueza en el Mediterráneo antiguo*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2017.

visión a diferentes situaciones a partir de un campo de problemas comunes (que las articula y otorga su “equivalencia conceptual”) y conlleva la oportunidad de comprender de otra manera la especificidad de las instituciones, dinámicas e imaginarios de las sociedades antiguas⁹⁶. Tal fue el planteo del arqueólogo Bruce Trigger respecto de las posibilidades que brindaba el estudio del antiguo Egipto en relación con otras civilizaciones tempranas: “Un estudio comparativo de los aspectos comunes a todas, o incluso algunas, de las civilizaciones tempranas nos puede ayudar a comprender mejor al antiguo Egipto. Al mismo tiempo, los caracteres distintivos del antiguo Egipto son igualmente importantes para comprender todas las demás civilizaciones tempranas”⁹⁷.

Además, la comparación de esos escenarios históricos contribuye de manera insustituible a la comprensión de diversos procesos mediante la ampliación de la escala de observación, encontrar vínculos antiguos y perdurables entre las distintas sociedades y percibir las influencias mutuas que permiten avanzar más allá de una explicación estrictamente local de los diferentes problemas. En esa dirección, numerosas líneas de investigación ofrecen una nueva cantera para redimensionar, por ejemplo, la historia de un conjunto variado de vínculos y conexiones que conformaron redes más o menos organizadas de interacciones que resultaban vitales para la vida de las distintas comunidades humanas del ámbito del mediterráneo antiguo –y, dentro del mismo, para ciertos grupos sociales encumbrados– pues englobaban la circulación de múltiples elementos materiales y simbólicos a través de espacio común a la vez que diverso. Ello ha hecho factible replantear las formas en que circularon y/o fueron transferidos artefactos, conocimientos, prácticas y tecnologías entre las sociedades del Cercano Oriente y, además, entre éstas y los pueblos del Egeo y Mediterráneo occidental⁹⁸. En

⁹⁶ Así, por ejemplo, se han planteado la existencia de diferentes tipos de configuraciones estatales (Estados de tipo jerárquico, con aparatos burocráticos centralizados y centrados en la ciudad o de amplio alcance territorial; Estados de tipo segmentario, de escala micro-espacial, que operan como comunidades cara-a-cara sin burocracia en las que prima la participación directa de los ciudadanos en el gobierno; o Estados que combinan aparatos burocráticos menos complejos con estructuras políticas municipales derivadas del funcionamiento de la ciudad-estado); los vínculos y conflictos entre las élites estatales en general (en el sentido de grupos que ejercen o se benefician del monopolio legítimo de la coerción) y otro tipo de élites en las periferias de los ámbitos estatales (cuyas dinámicas de prevalencia social se erigen sobre criterios inherentes al parentesco o al patronazgo); diferencias en la conformación interna de las élites estatales propias de cada área (las cuales podían asumir la forma de grupos sociales fuertemente apartados del resto de la sociedad, internamente cohesionados a través del parentesco y estrechamente ligados al mundo de las divinidades; o de grupos organizados a partir de la pertenencia a la corporación ciudadana y su participación en la gestión política de la sociedad, aunque con importantes sectores de excluidos); distintas formas de organización socioeconómica de los espacios rurales (propiedades estatales, particulares y/o comunales, economía campesina libre o dependiente, modos de esclavización); la presencia de modalidades institucionalizadas o no formalizadas que garantizan la reproducción de la desigualdad social (relaciones de subordinación, explotación coactivas y extracción del excedente amparadas en el “aparato” estatal y/o en formas alternativas que permiten su conformación y funcionamiento); grados diversos de articulación de las dinámicas políticas y prácticas institucionales con el universo religioso y costumbres rituales.

⁹⁷ BRUCE G. TRIGGER, *Early Civilizations. Ancient Egypt in Context*, Cairo, The American University in Cairo Press, 1995, p. 5. La traducción nos pertenece.

⁹⁸ En esta línea, a la luz de los datos existentes, parece indudable cuán prolongados y complejos fueron tales redes de intercambio y contactos. Así, Egipto mantuvo durante largos períodos estrechas relaciones con la zona del mar Rojo y el Cuerno de África y también, como se ha sabido muy recientemente y de forma un tanto distante e indirecta, con el África subsahariana a través de Sudán (la antigua Nubia). En cuanto a Mesopotamia, y especialmente su parte

definitiva, esta comparación de diversidad de situaciones históricas que en la mayoría de aspectos son suficientemente parecidas y a la vez diferentes, resulta ventajosa para perfilar más claramente las especificidades de cada una y corroborar que los sucesos históricos comunes que vivenciaron, adquirieron siempre configuraciones únicas y singulares.

De este modo, la constatación que las formaciones políticas y sociales del Próximo Oriente antiguo constituyen el producto de una configuración cultural localizable y contingente, nos ayuda a reconocer más las diversas expresiones en las que puede manifestarse la existencia social a lo largo de la historia, así como también la gran diversidad de culturas que existen en nuestro presente. Ello se debe a que, innegablemente, las dinámicas de las sociedades del Cercano Oriente Antiguo forman parte de una historia mucho más profunda y extensa que llega hasta nosotros, plasmando de manera casi imperceptible, las experiencias que definen la vida de los hombres en sociedad, coexistiendo en ella elementos del pasado (continuidades) con otros nuevos (cambios). Como advierte Mario Liverani, es preciso recordar que a lo largo de la historia

Existen estructuras de base en el comportamiento de las comunidades humanas que permanecen por tiempos larguísimos y existen también innovaciones tecnológicas y culturales que dividen el tiempo con discontinuidad (que en general llamamos progreso). Todos sabemos bien que la característica propia de la historia es el estudio del cambio y de la discontinuidad, de las transformaciones en sus variadas formas, de la más lenta a la más improvisada. Aplicada a nuestra propia cultura, la historia nos muestra que es el producto de una larga transformación, de tantas discontinuidades estratificadas, de adquisiciones (pero también de descartes) sucedidas a lo largo del tiempo⁹⁹.

Por ello, la consideración de esos procesos ocurridos en lejanas geografías hace milenios resulta muy útil para contrastarlos con los modos de vida propios de nuestra época,

meridional, tuvo vínculos regulares con el golfo Pérsico y la zona oriental de la península Arábiga. Era ésta la potencial ruta de comunicación entre Mesopotamia y las tierras lejanas del valle del Indo. Finalmente, Anatolia, Levante y Egipto estuvieron en contacto directo con el mundo creto-micénico primero y luego con el universo greco-romano. Respecto de las redes de contactos en el antiguo Oriente, *cfr.* KARL POLANYI, CONRAD M. ARENSBERG y HARRY W. PEARSON, *Comercio y mercado en los Imperios Antiguos*, Barcelona, Labor, 1976 [1957]; DOMINIQUE CHARPIN y FRANCIS JOANNES (eds.), *La circulation des biens, des personnes et des idées dans le Proche-Orient ancien*, París, Editions Recherche sur les Civilisations-ERC/ADPF, 1992; JOSEP CERVELLÓ AUTUORI, MARCELO CAMPAGNO y MONSERRAT DÍAZ DE CERIO, (eds.), *África Antigua. El Antiguo Egipto, una civilización africana*, Barcelona, Aula AEgyptiaca, 2001; MARIO LIVERANI, *Relaciones internacionales en el Próximo Oriente antiguo, 1600-1100 a. C.*, Barcelona, Bellaterra, 2003 [2001]; DAVID O'CONNOR y STEPHEN QUIRKE (eds.), *Mysterious lands. Encounters with Ancient Egypt*, Londres, UCL Press, 2003; ROBERT ROLLINGER, CHRISTOPH ULF y KORDULA SCHNEGG (eds.), *Commerce and Monetary Systems in the Ancient World. Means of Transmission and Cultural Interaction*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2004; MARÍA EUGENIA AUBET, *Comercio y colonialismo en el Próximo Oriente Antiguo*, Barcelona, Bellaterra, 2007; ROXANA FLAMMINI y JUAN MANUEL TEBES (eds.), *Interrelaciones e identidades culturales en el Cercano Oriente Antiguo*, Buenos Aires, IMHICIHU-CONICET, 2016. Acerca de los contactos entre Próximo Oriente y el mundo greco-romano, *cfr.* MARTIN BERNAL, *Atenea negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica. La invención de la antigua Grecia, 1785-1985*, Barcelona, Crítica, 1993 [1987]; WALTER BURKERT, *De Homero a los magos. La tradición oriental en la cultura griega*, Barcelona, El Acanalado, 2002 [1999]; JOHN HOBSON, *Los orígenes orientales de las civilizaciones de Occidente*, Barcelona, Crítica, 2006 [2004]; COLIN ADAMS y JIM ROY (eds.), *Travel, geography and culture in ancient Greece and the Near East*, Oxford, Oxbow, 2007; FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN, *Memorias perdidas*, op cit.

⁹⁹ MARIO LIVERANI, "A che serve la storia" en: *Mundus. Rivista di Didattica della Storia* 1 (1), 2008, p. 49. La traducción nos pertenece.

sistematizar las pervivencias y mutaciones a través del tiempo y, a través de esta vía, entender más exactamente esa condición compleja, voluble e inasible que solemos definir como naturaleza humana. En esta dirección, no debemos obviar que detrás de lo que entendemos por historia antigua oriental, se asoma indefectiblemente lo que fuera la experiencia social de las primeras comunidades humanas afroasiáticas, esto es, la “vida histórica”¹⁰⁰ transitada habitualmente por mujeres y varones y que se manifestó en una dimensión material (un modo de producción a partir de la interacción con la naturaleza) y otra simbólica (un sistema de representaciones que dichas comunidades tienen de sí mismas y de las demás). Tal caracterización comulga notablemente con la posición teórica (e historiográfica) que queremos enfatizar aquí, al estar convencidos de que ocuparse de la historia de las sociedades del Cercano Oriente antiguo (o, incluso, de la historia antigua en general) no es un ejercicio ni ocioso ni fútil, sino un esfuerzo legítimo por asir una historia que, como cualquier otra, sigue siendo “historia contemporánea” según el bien conocido y clarificador *dictum* de Benedetto Croce¹⁰¹.

Por más remotos –o, inclusive, remotísimos– que parezcan cronológicamente hablando los interesantes hechos que presenta “la vida material, social, económica, intelectual e incluso emocional de las personas” del Próximo Oriente antiguo, es inevitable no sentirse identificados con “sus afanes, anhelos, dolores, luchas, miserias y grandezas”, como acertadamente afirman Cristina De Bernardi y Eleonora Ravenna¹⁰². Esta sensación que experimentamos al indagar en los modos a través de los cuales las distintas personas y grupos elaboraron, escenificaron y dieron sentido a su experiencia cotidiana se debe a que tanto las sociedades antiguas como las modernas arrancan de un mismo núcleo de nociones y conductas primarias que pueden traducirse en lo que Ernest Gellner llamó “un capital cognitivo fijo”¹⁰³. Sobre esta cuestión, el egiptólogo Barry Kemp ha apuntado que a lo largo de la historia los hombres compartimos, por pertenecer a la misma especie (*Homo Sapiens*), unos mismos fundamentos psicobiológicos y antropológicos; dado que nuestra estructura cerebral no ha sufrido alteraciones físicas desde que nuestra especie apareció en el planeta y lo pobló, poseemos el mismo bagaje intelectual de aquellos varones y mujeres del pasado¹⁰⁴. Es precisamente sobre esa base común –y en virtud de múltiples factores externos– que las comunidades humanas se han hecho tan heterogéneas, dando lugar a la extraordinaria diversidad de culturas que existieron y existen a nivel planetario en la actualidad.

¹⁰⁰ Acerca del concepto de “vida histórica”, *cf.* JOSÉ LUIS ROMERO, *La vida histórica*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008 [1988].

¹⁰¹ BENEDETTO CROCE, *La historia como hazaña de la libertad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971. p. 11.

¹⁰² DE BERNARDI Y RAVENNA, *op. cit.*, p. 23. La traducción nos pertenece.

¹⁰³ Citado en JOËL CANDAU, *Memoria e identidad*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 2001, p. 23.

¹⁰⁴ BARRY KEMP, *op. cit.*, p. 7.

Por ello, es preciso recordar que cuando hablamos de “el pasado” estamos refiriéndonos a múltiples vidas vividas, extinguidas sin duda, pero que persisten como sedimentaciones actuantes en la memoria colectiva y se expresan a través de la cultura, entendiendo esta última como el conjunto de acervos materiales e intelectuales creados, compartidos, transmitidos y modificados social y temporalmente con que los miembros de las sociedades hacen frente de manera individual o colectiva, mental o conductualmente, a las distintas situaciones que se les presentan en la vida. No se trata simplemente de un conjunto cristalizado y uniforme de objetos, ideas, representaciones y formas de acción que se transmiten de generación en generación, sino de la forma propia que tiene una sociedad en particular para responder intelectualmente ante cualquier circunstancia. Esta definición de cultura resulta muy operativa para entender a las sociedades del pasado como la expresión de “soluciones a los problemas de la existencia individual y colectiva que podemos sumar a la diversidad de soluciones manifiestas en el mundo contemporáneo”¹⁰⁵. Desde esa óptica, es posible sostener que el mundo histórico del antiguo Cercano Oriente es, al mismo tiempo, la historia de cómo inicia la preocupación por zanjar los problemas de todo género, propios de una humanidad que acababa de salir de la etapa de la caza y la recolección y se adentraba en el neolítico. Allí donde el hombre organizó su vida en sociedad por vez primera, encontramos pues los testimonios más antiguos de personas preocupadas por hallar respuestas a desafíos que se han mantenido, con caracteres bastante semejantes, hasta la época actual. Sin que se pueda tildar dicho argumento de despropósito histórico, acordamos con Kemp cuando indica que los seres humanos “nos seguimos enfrentando a la misma experiencia básica que en el pasado”¹⁰⁶, por lo que existen todo un conjunto de pautas de conductas básicas que cimentaron la base de la idiosincrasia humana en todos los tiempos y constituyen lo que Cristina De Bernardi y Eleonora Ravenna han denominado “matrices de experiencia”. Considerar estas matrices en el estudio del universo del Cercano Oriente antiguo nos permitirá identificar y prestar especial atención a ciertas correspondencias entre los procesos antiguos y actuales, tales como:

... la búsqueda permanente por solucionar el modo de subsistencia; los procesos de intensificación de la producción y el acaparamiento desigual de los excedentes; los fenómenos de diferenciación social concomitantes; la aparición del poder político y el Estado; la estandarización de las relaciones intergrupales y externas; la guerra; el surgimiento de un mundo de representaciones mentales compartidas que da coherencia al grupo; la manipulación de esas representaciones por parte de las élites para transformarlas en símbolos diacríticos identitarios y simbolismos de reforzamiento del

¹⁰⁵ BARRY KEMP, *op. cit.*, p. 13.

¹⁰⁶ BARRY KEMP, *op. cit.*, p. 7.

poder; los procesos de legitimación de las instituciones que garantizan la reproducción de las condiciones desiguales; para nombrar sólo las nevaduras de la trama social¹⁰⁷.

Partiendo de esta perspectiva teórica será posible construir una historia de las sociedades de Egipto y Oriente Próximo radicalmente diferente de las versiones más tradicionales de la disciplina que incluya la totalidad del pasado humano, sin tener que sacrificar ninguna dimensión de la realidad en la explicación y pueda ser llamada con justicia "historia social"¹⁰⁸. Este desplazamiento en el tipo de formato de historia supondrá, en principio, formular otro tipo de incógnitas: ¿cómo era el día a día en los ámbitos de las cortes de los reyes o en el seno de las comunidades aldeanas y urbanas?, ¿cuál era la intención de los monarcas cuando decidían erigir grandes palacios y templos?, ¿en qué pensaban los campesinos y artesanos que trabajaban en la construcción de dichos edificios? Estas y otras preguntas resultarán válidas para conocer y entender más hondamente la manera en que los diferentes grupos sociales produjeron su mundo a través de los múltiples vínculos que los unieron y/o de los conflictos que los opusieron. Con semejantes incógnitas será igualmente viable no sumarse a las vertientes historiográficas obsesionadas con estudiar únicamente las denominadas civilizaciones estatales¹⁰⁹ y, por el contrario, reconocer la multiplicidad de formas de organización sociopolítica y cultural existentes en el Próximo Oriente antiguo. Los esfuerzos deberán orientarse, entonces, a construir una visión renovada sobre la cultura de las comunidades de aldea y de los grupos nómadas pastoriles que rompa con estereotipos acerca de tales grupos y ubique sus historias al lado de las historias de las poblaciones urbanas y los centros estatales con los que han coexistido e interactuado durante milenios¹¹⁰.

¹⁰⁷ DE BERNARDI Y RAVENNA, *op. cit.*, p. 24.

¹⁰⁸ Acerca de la concepción de historia social, *cfr.* ERIC J. HOBBSBAWM, "De la historia social a la historia de la sociedad", en *Historia Social*, 10, 1991, pp. 5-25.

¹⁰⁹ Cabe advertir que no es posible explicar la preferencia por las altas culturas invocando únicamente razones de índole ideológica. Existen otro tipo de condicionamientos que provienen de la información disponible para reconstruir ciertos agentes y situaciones de la realidad histórica, información que proporcionan los propios testimonios con que trabajan arqueólogos e historiadores. Así aparece fuertemente resaltado un mundo de palacios, templos, monumentos, ciudades y escritos en detrimento de otros ámbitos menos visibles y con pocas posibilidades de indagación, tanto por la escasez de información como por su diversidad y lo limitado de sus interrelaciones. Pensemos, por ejemplo, en la situación de los grupos nómades: las fuentes para su estudio son, principalmente, los pocos restos materiales y los documentos elaborados por sociedades urbanas y estatales contemporáneas (que contienen descripciones superficiales y generalizantes, repletas de prejuicios que acentuaban la inferioridad de las poblaciones que no cultivaban la tierra, que no tenían asentamientos permanentes y poseían muy limitados bienes materiales). En resumen, si bien nuestros conocimientos actuales de las poblaciones nómades han aumentado notablemente, la información proporcionada por las fuentes disponibles no cubren de manera sistemática todo su universo social y simbólico.

¹¹⁰ Acerca de los grupos nómades pastoriles, *cfr.* JORGE SILVA CASTILLO (comp.), *Nómadas y pueblos sedentarios*, México D. F., El Colegio de México, 1982; PIERRE BRIANT, *État et pasteurs au Moyen-Orient ancien*, París, Édition de la Maison des Sciences de l'Homme, 1982; GLENN M. SCHWARTZ, "Pastoral Nomadism in Ancient Western Asia", en Jack M. Sasson (ed.), *Civilizations of Ancient Near East*, Volumen 1, Massachusetts, Hendrikson Publishers, 2006 [1995]; JORGE SILVA CASTILLO, "Nomadism through the ages", en David Snell (ed.), *A Companion to the Ancient Near East*, Oxford, Blackwell, 2004; LOUIS L. ORLIN, "On nomads and nomadism", en *Life and Thought in the Ancient Near East*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2007, pp. 69-72; JEFFREY SZUCHMAN (ed.), *Nomads, Tribes, and the State in the Ancient Near East*, Chicago, The University of Chicago Press, 2009; JUAN MANUEL TEBES, *Nómadas en la encrucijada. Sociedad*,

Dicha mirada historiográfica descentrada será muy útil igualmente para mostrar que la alta diversidad humana y geográfica del Cercano Oriente antiguo estimuló un complejo y diverso flujo de artefactos, información y personas que, por diferentes motivos, se volvieron una amplia red de contactos continuos, permanentes y, en ocasiones, muy intensos, aunque cada espacio preservó una importante cuota de autonomía con respecto a los demás. En efecto, comercio, guerra, alianzas y otras formas de contacto intercultural estimularon no sólo la circulación de bienes de prestigio y otro tipo de objetos, sino también el desplazamiento de mujeres y varones que recorrieron largas rutas de forma individual o en grupos y/o comunidades, de manera voluntaria u obligada, insertas en tramas de lealtades, dependencias, subordinaciones y exclusiones. Además, la significación de esos vínculos intersociales se reflejó en la formación de estructuras políticas y económicas, en la dinámica étnica y aún en la propia visión ideológica que las sociedades elaboraron de sí mismas, de otras culturas y del universo. Cuando leemos los diferentes aportes del tema, notamos el hecho de que sobre las culturas de los Estados y comunidades del Cercano Oriente se levantaron tradiciones locales y regionales, derivadas de particularidades ecológicas, políticas, étnicas y culturales propias de radios más reducidos. Y por encima de esas tradiciones locales y regionales se extendieron fuerzas de otra naturaleza, aunque nuevamente generalizadoras, gestadas por sociedades que por distintos motivos tuvieron una influencia decisiva y aparentemente uniformadora en épocas determinadas y sobre amplias extensiones del Cercano Oriente. Al mismo tiempo que intercambiaban bienes, creencias, conocimientos, estilos y modas, algunos de esos pueblos intentaban crear ciertos sistemas políticos que no siempre tenían por propósito establecer relaciones simétricas sobre los pueblos incluidos en su radio de influencia. En consecuencia, aquellas sociedades que ingresaban en sus sistemas de dominación y explotación tenían que responder a los papeles específicos que les asignaban en el nuevo orden sociopolítico, económico e ideológico introducido. Con frecuencia, estos primeros intentos de "globalización" en la historia, breves algunos, prolongados otros, produjeron cambios decisivos en las sociedades anexadas en algunos casos e inhibieron ciertos procesos en otros, propiciando semejanzas y diferencias, complejizando aún más el escenario histórico del Cercano Oriente antiguo.

Ahora bien, si valoramos una determinada institución o proceso de tales sociedades desde la diferencia o semejanza con lo que nosotros hacemos o pensamos, es importante no correr el riesgo de interpretar la lejanía o la similitud como una prueba de modernidad o no de tales hábitos o manifestaciones culturales. Tal como comentó Josep Cervelló Autuori

... es muy común que se hagan lecturas e interpretaciones directas de esas realidades alternativas, como si esa distancia no existiera, como si todas las realizaciones humanas obedecieran a los mismos condicionantes y, por tanto, como si en última instancia cualquier fenómeno humano pudiera ser interpretado con las mismas claves. Claves que coinciden con las categorías de Occidente tomadas, consciente o inconscientemente, como universales y necesarias¹¹¹.

Más allá de que podamos asombrarnos con tantos problemas existenciales que justifican la impresión de la proximidad de esos milenios tan lejanos, es indiscutible que estamos examinando sociedades con arreglos institucionales, estructuras sociales, sistemas económicos e ideológicos que presentan diferencias sumamente significativas respecto de los modos de organización que existen en la actualidad. En tal dirección, la historia del Cercano Oriente antiguo resulta efectivamente un saber significativo

... porque los mundos del pasado eran diferentes del nuestro, y por lo tanto resulta iluminador por medio del contraste y no de la repetición; la historia sirve para ampliar nuestro bagaje conceptual, para hacernos ver la pluralidad de las soluciones posibles, para subrayar la subjetividad (o mejor el condicionamiento cultural) de las interpretaciones. En este sentido, la experiencia histórica es –en algún modo– análoga a la experiencia de los mundos y culturas diversas en el espacio (más que en el tiempo)... El conocimiento de tantos mundos diferentes ha posibilitado adquirir el sentido del relativismo cultural¹¹².

Analizar esas diferencias con nuestras implica muchos y complejos problemas que en el caso de las culturas de Cercano Oriente se agravan a causa de la influencia del marco conceptual en el que hemos sido educados. Solemos pensar que por vivir en sociedades en las que predominan cierto tipo de costumbres, instituciones, valores y modalidades de conocimiento y significación, éstas son las únicas formas válidas, objetivas y universales; en consecuencia, tendemos a concebir aquellas provenientes de sociedades del pasado como formas anacrónicas o perimidas, superadas con el tiempo a partir de los profundos cambios en la educación y la cultura. No obstante, debemos aceptar el hecho de que el tan mentado progreso no nos ha vuelto seres superiores respecto de aquellas civilizaciones “cuyo único pecado, en muchas ocasiones, es ser mucho más antiguas que las nuestras”¹¹³. En todo caso, es posible que ciertas habilidades humanas hayan mejorado (como la capacidad para resolver problemas) a lo largo de la historia, pero –como ya apuntamos *supra*– la capacidad cognitiva subyacente del hombre no lo ha hecho. Esto significa que los hombres que vivieron en aquellos mundos antiguos,

¹¹¹ JOSEP CERVELLÓ AUTURORI, “Aire. Las creencias religiosas en contexto”, en Elisenda Ardèvol Piera y Glòria Munilla Cabrillana (coords.), *Antropología de la religión: una aproximación interdisciplinar a las religiones antiguas y contemporáneas*, Barcelona, Editorial UOC, 2004, p. 73.

¹¹² MARIO LIVERANI, “A che serve la storia”, cit., p. 49. La traducción nos pertenece.

¹¹³ ANTONIO PÉREZ LARGACHA, *La vida en el Antiguo Egipto*, Alianza, Madrid, 2004, pp. 19-20.

diferentes en muchas maneras, eran tan (o tan poco) inteligentes como nosotros. En palabras del arqueólogo Barry Kemp,

En el siglo XX, la acumulación de conocimientos nos ha proporcionado una ventaja sobre nuestros predecesores en lo que se refiere a la tecnología y a las diversas facultades mentales mediante las cuales podemos explorar el universo y generar una multiplicidad de imágenes lógicas. Pero no hemos de confundirlo con una mayor inteligencia. Inteligencia no equivale a conocimientos, sino a facultad de dar una configuración lógica a los conocimientos que se tienen¹¹⁴.

La variedad de instituciones, prácticas, costumbres y representaciones gestadas por las antiguas culturas próximo-orientales tenían por finalidad satisfacer unas preocupaciones básicas e inherentes a toda la humanidad, pero es indudable que se encontraban conectadas con otro tipo de "lógicas" sociales, diferentes de aquellas que estructuran las dinámicas socioculturales contemporáneas. En la medida que los principios ordenadores de cada cultura son, sin duda, diversos a la vez que únicos e irrepetibles, no necesariamente compatibles unos con otros o con los nuestros, las sociedades del Cercano Oriente antiguo resultan ser "alteridades históricas". Lo son porque la misma sensación de ajenidad que genera al historiador ese universo de prácticas culturales del pasado es, por cierto, similar a la experiencia de lo extraño que experimenta el antropólogo cuando lleva adelante su trabajo de campo etnográfico dentro de un grupo o comunidad con pautas culturales diferentes a las suyas¹¹⁵. Pensar las mismas en términos de "otredad" no conlleva suponer que se trata de un mundo "ilógico" o "irracional", sino todo lo contrario como afirma Marcelo Campagno:

Si esos modos de pensamiento [*y acción*] no siguen los parámetros de la Razón occidental no es porque carezcan de toda lógica: poseen sus propias lógicas, sus propios parámetros de normalidad. Son formas de pensar [*y proceder*] no-rationales desde el punto de vista de nuestra racionalidad; pero no por ello son irracionales: remiten a otros criterios de coherencia que no son los nuestros. Se trata, pues, de otras razones, de otros modos de racionalidad¹¹⁶

Si la intención es trazar nuevos sentidos de la importancia histórica del Cercano Oriente antiguo, debemos entonces buscar –como señaló Lucien Febvre– "comprender y hacer comprender"¹¹⁷ que tales sociedades afroasiáticas del pasado eran "diferentes" (en el mejor sentido del vocablo), por lo que deben ser concebidas y reconocidas como "otras" culturas: ni

¹¹⁴ BARRY KEMP, *op. cit.*, p. 8.

¹¹⁵ Cfr. ESTEBAN KROTZ, "Alteridad y pregunta antropológica", en *Alteridades* 4 (8), 1994, pp. 5-11.

¹¹⁶ MARCELO CAMPAGNO, *Surgimiento del Estado en Egipto: cambios y continuidades en lo ideológico*, Buenos Aires, Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosenwasser", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1998, p. 12. Los agregados entre corchetes nos pertenecen. En el mismo sentido, cfr. JOSEP CERVELLÓ AUTUORI, *Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*, Sabadell, Editorial AUSA, 1996, pp. 17-20.

¹¹⁷ LUCIEN FEBVRE, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1975 [1953], p. 133.

mejores ni peores; ni primitivas ni arcaicas; ni más ni menos civilizadas, simplemente, "distintas". Entonces, los antiguos habitantes de Egipto y del Asia occidental realizaron, construyeron y expresaron las cosas de una manera que desde nuestra perspectiva pueden parecer "exóticas" y "raras", pero que poseen una razón de ser o significado que es válido para el conjunto de miembros de sus respectivas sociedades. Según la historiadora Roxana Flammini, alcanzar una aproximación histórica a esas lógicas de organización social que nos resultan "extrañas" y elaborar registros explicativos acerca de los caracteres culturales de esa otredad objeto-sujeto

... conlleva cierto desprejuicio intelectual que implica poder acercarnos al estudio de esa sociedad libres –en la medida de lo posible– de preconceptos. Esto no significa falta de rigurosidad en el método, en absoluto; tiene que ver con la actitud con que se aborda la problemática: tratando de comprender el pensamiento de esa sociedad "otra" utilizando nuestra herramienta básica, el pensar; es decir, conocer para comprender; tratar de adentrarnos en las entrañas de una cosmovisión diferente... [Ello] implica, en primer lugar, tomar conciencia del sesgo que imprimen nuestros propios paradigmas (para no universalizarlos); y paralelamente, aceptar tanto la vigencia de la alteridad (para no caer en anacronismos) como la de la singularidad de los procesos históricos (para evitar la búsqueda de leyes universales)¹¹⁸.

En el caso de las culturas del Próximo Oriente antiguo, es factible comprobar como uno de sus principales rasgos distintivos la imposibilidad de diferenciar los campos que –en la actualidad– identificamos con el nombre de "política", "economía", "arte" y "religión" como esferas independientes. En efecto, en las culturas de las distintas regiones de Oriente Próximo tales esferas se presentaron como una realidad inextricablemente unida y no una simple interconexión o superposición de diferentes capas. Con ello no queremos indicar simplemente que las prácticas y representaciones asociadas a lo político, lo religioso o lo económico aparecían como caminos paralelos o coincidentes, sino que la propia experiencia histórica de las formaciones sociales antiguas nos muestra que tejieron numerosos vínculos y construyeron varios escenarios comunes, al punto de confundirse y llegar a semejar un único plano de la realidad social. Es posible entender de mejor modo esta indivisibilidad de los campos cuando constatamos que las antiguas culturas constituyeron sociedades de "discurso mítico-religioso", en las cuales la experiencia total de los individuos se hallaba inmersa y condicionada por una concepción sagrada de la existencia y del cosmos. En aquellas sociedades, "el discurso mítico-religioso es un modo de vida que lo envuelve todo y afecta a todos, poderosos y pueblo"¹¹⁹, haciendo de la religión el eje ontológico vertebrador de todas las actividades, incluso los

¹¹⁸ ROXANA FLAMMINI, "El antiguo Estado egipcio como alteridad: cosmovisión, discurso y prácticas sociales (ca. 3000-1800 a. C.)", en *Iberia. Revista de la Antigüedad* 8: 9-26, 2005, p. 14. El agregado entre corchetes nos pertenece.

¹¹⁹ JOSEP CERVELLÓ AUTURORI, "Aire. Las creencias religiosas en contexto", *cit.*, p. 80.

detalles más pequeños de la vida cotidiana y que nosotros entendemos como netamente “profanos” (como la alimentación, el vestido, la relación con los parientes y los extraños o las distracciones culturales), desdibujándose la línea entre lo espiritual y lo terrenal. Indudablemente, este tipo de perspectiva analítica también puede aplicarse al ámbito de la economía y del comercio, siendo un elemento característico de las actividades productivas y de las redes de intercambio que su modo de estructuración y funcionamiento se hallaban permeadas –de un modo directo y profundo– por dinámicas sociopolíticas, por modos de sociabilidad e incluso por configuraciones rituales vinculados con el mundo de “lo sagrado” y “lo trascendente”, aunque sus respectivos alcances no siempre son fácilmente discernibles. Así, además de los componentes propiamente económicos, las esferas de interacción eran asuntos que incluían –de manera diversa, abigarrada y compleja– aspectos políticos, ceremoniales e ideológicos, dando por resultado un trasvase de productos, acciones, referencias, imágenes, símbolos y concreciones materiales¹²⁰.

Con este fin, será preciso admitir, como han puesto de manifiesto algunas líneas recientes de estudio de la historia antigua, que el hecho de que ciertos pueblos no hayan desenvuelto, o no hayan conservado, prácticas políticas coercitivas y/o instituciones centralizadas, no se debió a una falla en su proceso evolutivo, sino a la presencia de una lógica de organización sociopolítica que impide –o rechaza– la emergencia de una práctica asociada a la estatalidad. A su vez, combinando perspectivas de la historia y la antropología para desentrañar las complejas dinámicas de estas sociedades, se ha subrayado que las monarquías (esto es, formas estatales sumamente jerarquizadas y presididas por un rey o emperador) difícilmente agotan las formas de liderazgo político existentes en el mundo antiguo. Por el contrario, han existido otro tipo de formaciones sociopolíticas que, basadas en otras lógicas sociales, ocupaban un espacio de singular relevancia (con anterioridad a la aparición de los Estados, pero también conviviendo con éstos de manera subordinada o independiente): se trataba, por un lado, de formas de “jefatura” relacionadas con el predominio del parentesco como lógica de organización social, o, por el otro, de aquellas asociadas a las dinámicas de “patronazgo”, que expresan otro tipo de vínculos políticos que tal vez se identifican de modo más tenues pero que son igualmente relevantes para comprender las múltiples modalidades de lo social en aquel mundo antiguo¹²¹.

¹²⁰ El estudio de las formas que presenta el intercambio se encuadra dentro de la polémica más amplia entre los especialistas sobre la interpretación de las economías antiguas y los debates entre posiciones *sustantivistas* y *formalistas* respecto de las características de las denominadas “economías arcaicas” o “economías preindustriales”. Sobre esta problemática, *cfr.* LIVERANI, *Antiguo Oriente, cit.*, pp. 53-56; MARC VAN DE MIEROOP, “Economic Theories and the Ancient Near East”, en Robert Rollinger, Christoph Ulf y Kordula Schnegg (eds.), *Commerce and Monetary Systems in the Ancient World. Means of Transmission and Cultural Interaction*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2004; MARÍA EUGENIA AUBET, *op. cit.*, pp. 31-55; JUAN CARLOS MORENO GARCÍA (ed.), *Dynamics of Production in the Ancient Near East 1300-500 B.C.*, Oxford, Oxbow, 2016.

¹²¹ *Cfr.* MARCELO CAMPAGNO, “Tres modos de existencia política: jefatura, patronazgo y Estado”, en Marcelo Campagno (ed.), *Parentesco, patronazgo y Estado en las sociedades antiguas*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2009.

En igual sentido, el terreno empírico muestra que estos grupos no estatales del Próximo Oriente antiguo se caracterizaron por su aptitud para vincularse con los centros urbanos y estatales y permanecer independientes de éstos, de confederarse en coaliciones mayores con autoridades no centralizadas según las circunstancias y de blandir estrategias que les posibilitaban disminuir, anular o –inclusive– impedir la acumulación de poder. En el mismo sentido, las últimas interpretaciones sobre las relaciones sociopolíticas entre los grandes Estados próximo-orientales y las sociedades de sus periferias dejan entrever que la pluralidad de sistemas sociopolíticos se encuentra, además, estrechamente relacionada con la existencia de concepciones políticas particulares y con las complejas ontologías locales¹²².

En íntima relación con este último aspecto, es preciso insistir en no olvidar que cuando hablamos de las sociedades antiguo-orientales lo hacemos desde nuestra experiencia histórica o desde nuestra visión científica y positivista del mundo, sin darnos cuenta que de ese modo definimos el todo desde una pequeña parte o contemplamos un universo de discurso desde otro que le es ajeno. En consecuencia, resultará importante no sólo entender la escisión entre dimensiones (tal como sucede en nuestra realidad contemporánea) es acertada sólo en términos analíticos cuando el objetivo pase por comprender formaciones sociales en las que ni la ideología, ni la política, ni la economía constituían ámbitos discernibles. Lo expresado nos lleva, inevitablemente, al problema de los conceptos que resultan pertinentes o no lo suficientemente adecuados para interpretar las distintas relaciones sociales que guardan una lógica propia y singular en el contexto sociocultural concreto de cada una de las sociedades antiguas próximo-orientales. Todos y cada uno de esos fenómenos históricos que caracterizan a las mismas plantean una serie de desafíos intelectuales de primera magnitud pues no sólo involucran debates historiográficos, sino que además requieren extremar la precisión de las categorías de análisis utilizadas y recurrir a los desarrollos de otros campos disciplinares (como la antropología, la sociología, la filosofía política, la economía, el análisis del discurso y/o de las imágenes). Es muy importante que al adentrarnos en las distintas experiencias históricas de dichas poblaciones sepamos asimismo la relevancia de no caer en fáciles anacronismos, tanto aquellos que resultan de extrapolar categorías conceptuales de un desarrollo histórico particular de Occidente posterior a la antigüedad o bien de aplicar conceptos que rigen nuestro universo discursivo y nuestra experiencia sociohistórica a la hora de traducir y explicar estos fenómenos tan “diferentes” (ese tropiezo que Wenceslao Roses

¹²² Cfr. EMANUEL PFOH, *Syria-Palestine in the Late Bronze Age: An Anthropology of Politics and Power*, Londres, Routledge, 2016; EMANUEL PFOH y THOMAS L. THOMPSON, “Patronage and the Political Anthropology of Ancient Palestine in the Bronze and Iron Ages”, en: *A New Critical Approach to the History of Palestine: Palestine History and Heritage Project 1*, Londres, Routledge, 2019.

denominó alguna vez el “vicio del modernismo”¹²³), dos tendencias bastante comunes dentro de los estudios de historia antigua.

Dicha premisa obliga a efectuar una lectura crítica de las obras de distintos investigadores, incluso de reputados egiptólogos y orientalistas, en las que solemos observar emplear, de forma abusiva y sin ningún tipo de recaudo, palabras como “absolutismo”, “feudalismo”, “vasallaje”, “mercado”, “mercaderes”, “burguesía”, “propiedad privada”, “espacio público”, “espacio privado”, “código jurídico”, entre otras. Como contraparte, será necesario “calibrar” los distintos conceptos empleados en función de cada situación histórica y resignificarlos como una constelación de herramientas conceptuales que contribuya, de acuerdo a G. de Ste. Croix, a renunciar “... a todo deseo de realizar un cuadro orgánico de una sociedad histórica, iluminando por toda perspectiva de la que hoy día podemos disponer” y no nos conformemos simplemente con “reproducir de la manera más fiel posible algún rasgo en particular o algún aspecto de dicha sociedad, estrictamente en sus términos originales”¹²⁴. Un ejemplo de esta opción son los esfuerzos teóricos dirigidos a precisar los conceptos de “Estado”, “ciudad-Estado”, “Estados regionales” e “Imperios” al momento de indagar las diversas entidades sociopolíticas que si bien tienen en común ciertos caracteres, la lógica de su organización y funcionamiento parece diferir en magnitud e incidencia¹²⁵. En igual sentido deben leerse las distintas pesquisas histórico-arqueológicas que emplean las categorías de “centro-periferia” y “sistema-mundo” –acuñadas por Inmanuel Wallerstein–, con los debidos ajustes terminológicos a las condiciones históricas y culturales específicas, en el análisis de las esferas de interacción y vínculos intersociales del Próximo Oriente antiguo¹²⁶.

Y finalmente, entendemos que es preciso reivindicar la centralidad del estudio de la historia antigua del Cercano Oriente como un camino para reivindicar la centralidad del mundo afroasiático en la historia y cultura universal, una importancia que ha quedado parcialmente relegada no sólo por el relato que ha hecho la historiografía occidental al asociar el pasado de dicho macro-región con una época esplendorosa (durante la cual los territorios actuales de Egipto, Irak, Siria, Jordania y el Levante palestino constituyeron importantes puntos de referencia, encrucijada e intercambio) y su presente con las ideas de decadencia, de banalidad o lujo estéril y de conflictividad permanente. A esta última imagen ha contribuido, sin duda, la

¹²³ WENCESLAO ROSES, *Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua*, México, UNAM, 1987, p. 17.

¹²⁴ G. M. D. DE STE. CROIX, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona, Crítica, 1988, p. 102.

¹²⁵ Cfr. CRISTINA DI BENNARDIS, “La centralización del poder político y el Estado en las sociedades antiguo-orientales: reflexiones sobre teorías e interpretaciones”, en Cristina Di Bennardis, Iannir Milevski y Eleonora Ravenna (eds.), *Diversidad de formaciones políticas en Mesopotamia y el Cercano Oriente. Organización interna y relaciones interregionales en la Edad del Bronce*, Barcelona, Institut del Pròxim Orient Antic, Universitat de Barcelona.

¹²⁶ Cfr. MICHAEL ROWLANDS, MOGENS LARSEN y KRISTIAN KRISTIANSEN (eds.), *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987; MARÍA EUGENIA AUBET, *op. cit.*, pp. 77-90; CRISTINA DI BENNARDIS, FRANCO D'AGOSTINO, JORGE SILVA CASTILLO e IANNIR MILEVSKI, “Relaciones centro urbano-periferia en la Mesopotamia Antigua y Zonas Contiguas del Cercano Oriente”, en: *Rivista degli Studi Orientali* 83 (1-4), 2010, pp. 10-29.

historia más reciente de esas zonas, famosas desgraciadamente por haberse convertido en una zona tremendamente castigada por todo tipo de conflictos (políticos, sociales, religiosos y lingüísticos) que, por cierto, se debe muchas veces a la intromisión de grandes potencias occidentales con intereses políticos y económicos en el tablero político local y que en todo ignoran el milenar valor histórico y cultural de esos territorios y sus sociedades. Ciertamente, la secuela de guerras, muertes y violencia que han venido sufriendo países como Irak, Egipto, Siria y otros de Medio Oriente ha suscitado –y suscita– numerosos debates y polémicas, pero nosotros quisiéramos concentrar la mirada en una problemática puntual derivada de situaciones que han ocupado el centro de la escena política internacional: el impacto negativo de tales conflictos sobre el patrimonio arqueológico y cultural y sus efectos sobre las posibilidades de reconstrucción histórica a partir de los distintos materiales conservados. Nos interesa abordar esta cuestión porque si bien en las últimas décadas se observa un aumento de la información sobre la significación histórica que tienen los bienes culturales del pasado, asistimos paradójicamente a la destrucción de los mismos o, más bien, de los mecanismos sociales y soportes materiales que vinculan la experiencia contemporánea de las personas con la de las generaciones anteriores, tendencia que Eric Hobsbawm no dudó en catalogar como "... uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX"¹²⁷. Y entendemos que ello se debe a que la preservación patrimonial no es una política universal, sino que, como cualquier otra práctica social, cobra sentido dentro de concepciones culturales particulares acerca del valor del pasado.

Aunque la mayoría de los medios de comunicación ha focalizado su atención más en la cobertura y condena de las acciones de apropiación, vandalismo y destrucción de diversos bienes culturales, la crisis humanitaria hace parecer menos significativo el daño que los cañones, los bombardeos y los saqueadores han hecho a los objetos materiales frente a los sufrimientos y las pérdidas humanas. Desde ya que las vidas humanas siempre serán más importantes que cualquier artefacto, tal es nuestra posición y la queremos dejar en claro; pero a la vez deseamos plantear el interrogante de por qué no interesaron esas mismas vidas antes de las invasiones, masacres y genocidios. Sin embargo, tampoco deja de ser cierto que esas acciones atentan paralelamente a las vidas humanas y a todos los productos del pensamiento que, en rigor de verdad, conforman el invaluable patrimonio cultural de tales pueblos. Como quedó demostrado desde el incendio de la biblioteca de Alejandría, la guerra no solo acaba con la vida de las personas, sino también con el conocimiento que pertenece a toda la humanidad. El saqueo de sitios arqueológicos, los robos de piezas de museos, la mutilación de estatuas, la destrucción de archivos, bibliotecas y otros reservorios documentales, los *grafiti* en las paredes

¹²⁷ ERIC J. HOBSBAWM, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 2001 [1994], p. 13.

de edificios considerados monumentos históricos, entre otras actitudes, forman parte de los desafíos a los que se encontraron -y encuentran- expuesto los bienes patrimoniales. En el fondo de dichas prácticas existe un común denominador: de acuerdo con las circunstancias sociohistóricas e ideológicas del momento que se vive, cada grupo humano asigna un valor determinado a los objetos. En efecto, la atribución de algún tipo de connotación particular – positiva o negativa– es preponderante para la fundamentación de las prácticas que resguardan o amenazan los referentes culturales que resultan más significativos de una comunidad para la construcción de su identidad y la validación de la memoria de un pasado común, elementos siempre cambiantes, dinámicos y adaptables a los acontecimientos históricos contemporáneos.

Aunque no existe un consenso total acerca de la cantidad de piezas extraviadas o mutiladas, pero seguramente se trata de varios miles, haciendo que la pérdida patrimonial sea muy importante; la misma ha sido una mezcla de robo de arte profesional, motín popular y *vendettas* ideológico-religiosas, aunque no está todo dicho e materia de las causas motoras. Pero no es difícil admitir que para ciertas personas esos elementos pueden resultar un gran negocio, en la medida en que aún hoy el mercado negro de objetos arqueológicos es el tercero en volumen de negocios -después del tráfico de armas y drogas- produce el enriquecimiento ilícito de muchos comerciantes y gran parte de los materiales con que trafican están destinados al turismo, a los salones de subastas de "antigüedades" y en particular a coleccionistas privados para quienes, además de una buena inversión, es un signo de distinción coleccionar y exhibir el botín de los despojos; mientras que para otras personas tales bienes constituyen una ofensa o bien un grave peligro para determinadas creencias, en tanto representan un conjunto de ideas que entran en tensión con un ideología considerada como la única y válida. Sin embargo, distanciándonos de cualquier presupuesto de cuño etnocéntrico que postula una única manera de aproximarse al pasado¹²⁸, no puede negarse que para determinadas sociedades, entre las que se encuentra la nuestra, los objetos saqueados y/o destruidos son considerados testimonios del pasado, obras

¹²⁸ No es nuestra pretensión aquí adoptar una actitud que pudiera corresponderse a una sensación de perplejidad y de absoluto rechazo hacia la apropiación y destrucción de testimonios del pasado amparada en un discurso que opone un Occidente sensible y culto versus un Oriente fundamentalista y brutal. Antes bien, otra serie de factores pueden evocarse para explicar los saqueos, robos y destrucciones. Tales actitudes pueden deberse, como ha postulado cierta tesis, a la existencia en el mundo contemporáneo de modos de relación con el pasado que no requieren de una colección de objetos materiales para entrar en contacto con él. Al respecto, *cfr.* MARCELO CAMPAGNO, "¿El pasado de quién? Notas sobre las relaciones pasado-presente y Oriente-Occidente", en: *Relaciones Internacionales* 32, 2007, pp. 1-14. Pero también pueden explicarse como respuestas de una población que padece las condiciones derivadas de una sociedad quebrada por numerosas adversidades, desigualdades y otras tensiones que, impuestas desde otro lugar y aprovechadas impunemente por ciertos sectores, están latentes como un riesgo que detona el conflicto ante cualquier "oportunidad". En efecto, las invasiones, derrumbe de gobiernos guerras civiles crearon, en los diferentes países, una situación imposible de controlar: se contrabandearon antigüedades a cambio de comida y bienes de primera necesidad, y aquéllas llegaron rápidamente a las manos de los coleccionistas privados y también a las galerías de los grandes museos del mundo, los cuales pretenden -amparados en cierta versión de la historia y del rol de Occidente en ella- "educar" con su ejemplo. Sobre esta tesis, *cfr.* EMANUEL PFOH, "Notas sobre el saqueo de antigüedades en Irak y la memoria de Occidente", en: *Relaciones Internacionales* 32, 2007, pp. 1-10.

de arte u artefactos que dan cuenta de la historia de la humanidad, que merecen ser valorados, conservados y estudiados y, por ello, constituyen pérdidas irreparables. Quien excava clandestinamente, saquea, roba o destruye documentos, obras de arte y piezas arqueológicas comete un delito, no sólo en el sentido de un acto que atenta contra la propiedad. Es también un crimen que daña de modo irrecuperable la memoria histórica que esos mismos objetos portan en sus coordenadas de espacio-tiempo y en relación con otros testimonios; gracias a ellos se escribe y transmite la historia.

Si todo este drama deja una enseñanza, ésta es que los conflictos no sólo destruyeron una cantidad aún no estimada de vidas humanas, sino también de vidas vividas en un pasado remoto. Como indica Cristina Di Bennardis, es importante tener presente que

Vidas y restos arqueológicos pueden parecer dos cuestiones cualitativamente distintas, pero no lo son: las vasijas, los monumentos, las tablillas, los restos óseos, son vida materializada. Interrogando esas vidas pasadas encontraremos el hilo conductor hasta el presente. Su eliminación no es la mera supresión de artefactos, sino la del interlocutor, el mediador, con esos hombres y mujeres que lo fabricaron, los intercambiaron, los usaron, a quien puedo 'interrogar' para entender aunque sea en parte, el proceso histórico que culmina en nuestros días. El objeto no responde de modo directo, pero sí da una respuesta sobre esas vidas vividas cuando puedo reconstruir la mayor cantidad de las evidencias que se arman como un rompecabezas que cobra sentido¹²⁹.

En efecto, otros muchos hombres y mujeres del pasado, que habían dejado el secreto de sus acciones escrito en papiros, tallado en el barro y las piedras o impreso en los edificios, han sido condenados a una segunda y definitiva muerte con la destrucción de esas piezas arqueológicas. A pesar de que pueda parecer algo insignificante, cada material destruido es una voz acallada, una historia silenciada. Por este motivo, en tiempos en los que los conflictos del mundo afroasiático se han impuesto en escena política internacional, es innegable que el conocimiento de la historia de las sociedades del Cercano Oriente antiguo y de la riqueza de su producción cultural puede ser un potencial camino para concientizar sobre el irrenunciable valor del patrimonio como referente histórico significativo para construir la historia de la humanidad y la identidad de un pueblo. Sobre esta última cuestión, Mario Liverani indicó que “además de la ya creciente conciencia ecológica, precisamos también de una conciencia histórica todavía ausente con el objetivo de evitar errores irreparables en las decisiones políticas y económicas que afectan a todo el mundo y a su supervivencia”¹³⁰. De ese modo, la significación de los estudios históricos sobre el Cercano Oriente pueden legítimamente engarzarse con la

¹²⁹ CRISTINA DI BENNARDIS, "La vivencia de la diversidad en las sociedades antiguas. Estado y comunidades: imposición y resistencia. Mesopotamia entre el III y II milenios a. C.", en Ana Esther Koldorf (comp.), *Multiculturalismo y diversidad. Un debate actual*, Rosario, Prohistoria, 2010, p. 18. Los destacados pertenecen a la autora.

¹³⁰ MARIO LIVERANI, "Ancient Near Eastern History...", cit., p. 9. La traducción nos pertenece.

necesidad contemporánea por generar políticas culturales atentas a democratizar el pasado colectivo y a promover la participación de las comunidades en la gestión de los distintos artefactos correspondientes a su herencia cultural, incentivando que sus integrantes se involucren de forma activa, opinando y tomando decisiones por sí mismos acerca de qué hacer con los bienes patrimoniales, cómo protegerlos, mantenerlos y usarlos.

Ahora bien, para poder hacer válida esta serie de diferentes motivos acerca de la importancia del conocimiento de la historia antigua próximo-oriental resultará preciso que, ante todo, partamos de una clave hermenéutica que esté estrechamente vinculada con los requerimientos actuales de la historiografía profesional, lo que –según nosotros– implica la redefinición del objeto de estudio, la incorporación de herramientas teóricas y metodológicas distintas, en muchos casos provenientes de otras ciencias sociales (antropología, arqueología, sociología, economía, filosofía política, semiótica), y el uso de una multiplicidad de fuentes de información (documentos, restos arqueológicos, imágenes, datos etnográficos, etc.). Pero también de una práctica historiográfica que sea lo suficientemente ontológica como para permitir el reconocimiento e interpretación de los patrones culturales a través de los cuales los distintos grupos humanos han organizado su existencia e interactuado; y lo suficientemente sugerente como para suministrar un tipo de horizonte ético que posibilite alentar que en las sociedades actuales se mantenga la diversidad cultural existente en un marco de respeto y reconocimiento del pluralismo. Una dirección epistemológica capaz de sostener ambos objetivos proviene de una perspectiva intercultural de la historia¹³¹ que parta del principio de que las sociedades pasadas constituyen *per se* una “forma de alteridad” que debe ser estudiada y reconstruida en su diferencia y especificidad temporal, espacial y cultural¹³². Son estas premisas y proposiciones las que, en definitiva, permiten sostener que la historia antigua oriental constituye un saber que además de colocar a cualquier persona frente a “otras” realidades socioculturales del pasado, también brinda la posibilidad de expandir sus horizontes de interlocución cultural en el presente.

REFLEXIONES FINALES

Vivimos en una época en la cual los campos de la ciencia y de la tecnología parecieran estar dominados por una tendencia alejada de los cánones más elementales de una metodología científica y más bien cercana a una lógica de mercado (investigación a corto plazo, utilización eficiente de recursos, resultados inmediatos y aplicación directa), fijando una agenda que

¹³¹ Cfr. XAVIER RODRÍGUEZ LEDESMA, *Una historia desde y para la interculturalidad*, México D. F., Universidad Pedagógica Nacional, 2008.

¹³² Acaso sobre este principio, Michel de Certeau subrayó que la totalidad del conocimiento histórico trata precisamente del conocimiento del Otro. Cfr. MICHEL DE CERTEAU, *La Escritura de la Historia*, Lomas de Santa Fe, Universidad Iberoamericana, 1993 [1978], p. 16.

determina cuáles son temas que deben ser priorizados, las teorías a ser utilizadas, las hipótesis a ser trabajadas, las técnicas a ser implementadas, qué estilo y el lenguaje aplicar y sobre todo cuáles son los resultados aceptables. Visto desde esta premisa resultante del influjo del pensamiento neoliberal, ciertas áreas del conocimiento son consideradas como “válidas” y “prioritarias” por tener un impacto relevante en el desarrollo socioeconómico y el avance técnico-científico, mientras que otras son tenidas por “superfluas” e “innecesarias” y desechadas rápidamente –como si fueran el diario de ayer– por no incidir de la misma manera. No sorprende, por tanto, que los conocimientos producidos por las ciencias sociales y humanísticas, entre los que se encuentran aquellos vinculados con la historia, traigan las de perder en ese contexto ideológico. Entonces, ¿por qué deberíamos invertir tiempo y energía en estudiar lo que lo sucedió en la historia –y, en particular, en la historia antigua próximo-oriental– cuando vivimos en sociedades apremiadas por abandonar el pasado (como si fuera algo superado, rechazado o inefectivo) y resolver los problemas del presente que nos impiden avanzar hacia el futuro? ¿por qué deberíamos estudiar un período histórico tan acotado que sólo sirve para el entretenimiento y placer de unos pocos?

Cuando se sostiene la supuesta superficialidad de los estudios de historia antigua en el medio local, lo que en el fondo se está proponiendo –o, incluso, legitimando– con este tipo de planteos pseudoacadémicos es la existencia de una división entre centros y periferias en el plano académico-científico internacional. Sin embargo, los historiadores argentinos –y latinoamericanos en general– debemos cuestionar sin duda los discursos socialmente aceptados en nuestras culturas científicas, en particular aquellos que postulan que esos territorios historiográficos no responden a los intereses “nacionales” o que los mismos están lejos de la realidad y las necesidades del presente. Debemos dejar de concebir las distintas experiencias histórico-culturales no americanas como patrimonio exclusivo de ciertos sectores académicos de Occidente y de auto-excluirnos del estudio y la investigación de ese período histórico. Sustentar esta postura no implica regatear el derecho de interpretar la historia a los centros académicos estadounidenses y europeos, pero sí defender la universalidad del conocimiento proclamar y proclamar que los argentinos tenemos también derecho al acceso y la producción de ese conocimiento, igual que el derecho que pueden tener los habitantes de cualquier nación del planeta. El mismo Jorge Luis Borges no pudo haberlo expresado mejor al indicar, con esa prosa audaz e irónica que lo caracterizaba, que ciertos grupos intelectuales del país “...simulan venerar las capacidades de la mente argentina” pero la limitan a tratar “algunos pobres temas locales, como si los argentinos sólo pudiéramos hablar de orillas y estancias y no

del universo”, ocultando que somos capaces de “manejar todos los temas sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas”¹³³.

Y como el derecho al conocimiento histórico debe ser al mismo tiempo derecho a practicar la interpretación histórica, para poder entender cuáles podrían ser las aportaciones de la historia del Cercano Oriente antiguo es preciso que nos desembaracemos de las dicotomías y prejuicios que afectan negativamente este subcampo (debido a la adscripción de buena parte de sus cultores a posiciones historiográficas anacrónicas) y pensemos otra serie de directrices conceptuales –otras *metáforas*– para fundamentar la relevancia del estudio e investigación de tal etapa histórica, un problema que no ha sido lo suficientemente identificado y trabajado dentro del propio ámbito de la historiografía antigua. Este trabajo ha sido un intento por abordar esta cuestión, en el cual –sin pretender dar una respuesta definitiva a la cuestión– propusimos más bien algunos argumentos y reflexiones que pueden ser pensados como una primera vía de acceso a una problemática bastante esquivada entre los historiadores dedicados a este período de la historia de la humanidad. Argumentos y reflexiones que sostienen la necesidad de afianzar una perspectiva hermenéutica intercultural que nos ayude a repensar nuestros modos de relación con comunidades humanas con “otras” pautas culturales, incluyendo no sólo a las sociedades del pasado sino también a aquellas del presente. Sin embargo, advertimos que el estudio histórico de sociedades tan distantes de la propia –en términos espaciales, temporales y culturales– demanda una operación historiográfica compleja que soporta tres procesos fundamentales y complementarios: en primer lugar, al tomar en cuenta las múltiples circunstancias históricas que promueven la organización y desarrollo de la vida en comunidades dotadas de un profundo sentido de identidad, destacar la naturaleza profundamente social de los seres humanos; en segundo lugar, advertir los diversos elementos socioculturales que –desde los tiempos más remotos– contribuyeron a soldar los lazos sociales, nos lleva a percibir la regularidad y diversidad de los procesos históricos y nos hace percatarnos de los rasgos generales y singulares que los caracterizan; y en tercer lugar, al entender que la historia no es solo una simple sucesión de hechos, sino el producto de una construcción colectiva, de esfuerzos individuales y grupales, nos volvemos conscientes de que todos tenemos una responsabilidad –personal y social– con lo que suceda en la sociedad en la que vivimos.

Fue preciso, entonces, partir de una definición del Cercano Oriente como una entidad global –*conceptual* antes que histórica o geográfica– en la que una amplia diversidad de formaciones sociales se nos aparece como una especie de “laboratorio histórico” que, desde un pensamiento histórico situado, permitían demostrar las invariantes de la conducta humana a través de los

¹³³ JORGE LUIS BORGES, “El escritor argentino y la tradición”, en: *Discusión*, Buenos Aires, Emecé, 1986, p. 271

siglos sin dejar de ubicarnos en las coordenadas espacio-temporales de los actores o fenómenos estudiados. Siguiendo esta línea, afirmamos que estudiar la historia de las sociedades próximo-orientales es absolutamente necesario para entender nuestra propia época. Esto se debe a que hace varios milenios, en el Próximo Oriente, fueron macerándose los cimientos de la humanidad, los legados políticos, sociales, tecnológicos, artísticos e ideológicos sin los cuales el mundo contemporáneo no puede llegar a ser comprendido en su integridad y complejidad. Los poblados, las ciudades, los Estados, los impuestos, los sistemas de escritura, las redes de comercio, los tratados diplomáticos, así como un conjunto variopinto de instituciones, objetos y costumbres existentes en nuestras vidas tuvieron, en efecto, su temprana génesis a orillas de varios ríos que actualmente continúan fluyendo –si bien mucho más contaminados–, y en el marco de sociedades sumamente diversas y complejas, cuyas culturas, lejos de ser estáticas e inmutables, no estaban exentas de cambios ni eran herméticas a los contactos e influencias del mundo exterior. Comprobar que en aquella lejana región ya existían elementos y procesos fácilmente reconocibles hoy en día nos permite advertir que el mundo tal cual lo conocemos comenzó a gestarse hace más de cinco mil años. En virtud de ello, señalamos que al formar parte de la gran corriente de la historia humana, de un proceso que se inició hace miles de años, resulta imposible no sentirse identificados con las distintas experiencias de aquellos varones y mujeres del pasado cuando descubrimos que debieron enfrentar los mismos problemas sociopolíticos, económicos y filosóficos que siguen aquejándonos en tanto miembros de la misma especie. Al mismo tiempo, recordamos que dichos problemas existenciales indujeron a esas antiguas comunidades a buscar respuestas que se materializaron en modalidades de organización que presentaron configuraciones concretas y específicas, resultado de su inscripción en “otras” lógicas culturales.

Si somos capaces de redefinir y acompasar nuestras visiones históricas del Próximo Oriente antiguo a los tiempos historiográficos que corren, descartando perspectivas teóricas tradicionales aún lo suficientemente fuertes como para sobrevivir no sólo en la cultura académica sino también en el propio sentido común, seremos capaces de transformar decididamente los modos de describir y analizar culturas del pasado que nunca fueron estáticas, homogéneas, primitivas o cerradas sobre sí mismas, sino sociedades plurales y en movimiento. No dejarse llevar por una lectura etnocéntrica del pasado y concebir a los pueblos de la antigüedad como "otras" experiencias socioculturales son dos actitudes claves para poder replantear las narrativas históricas canonizadas y repensarlas a la luz de los nuevos paradigmas. Haciendo esto dispondremos de muchos más elementos no sólo para esgrimir definiciones no etnocéntricas del pasado oriental preclásico, sino también para interrogar el mundo en que vivimos y contraponerse a cualquier tipo de actitudes neutralizadoras, represoras y descalificadoras de todo modo alterno de concebir la existencia humana. Desde

esa perspectiva, sugerimos que estudiar la historia de las antiguas culturas próximo-orientales tiene la potencialidad de hacernos personas menos dogmáticas y más reflexivas sobre la realidad que nos rodea, capaces de sospechar de la supuesta racionalidad de tantos lugares comunes, de batallar contra falsedades involuntarias o deliberadas sobre la supuesta inevitabilidad de una sociedad fundada en principios neoliberales (tales como el individualismo, la competencia y la acumulación) y de cuestionar las distintas prácticas que amenazan con reducirnos a una pieza más en el engranaje del sistema. Al sostener esto, no sólo estamos planteando la urgencia de criticar un "sistema-mundo" diseñado a partir de la ideología del mercado, sino también la necesidad de poner en práctica una verdadera ética intercultural que ponga a disposición evidencias que nos ayuden a entender y valorar formas de vida que nos resultan extrañas, tanto del mundo antiguo como en el contexto actual de un mundo globalizado. Por ello, insistimos que un mejor conocimiento de los procesos históricos del antiguo Cercano Oriente puede aportarnos herramientas para poder relacionarnos con el "otro", el "diferente", no ya como un inferior, carente e ignorante, sino como otro sujeto social que ha sintetizado la cultura desde un lugar particular y desde una mirada particular.

Pese a esa enorme y significativa renovación académica que ha alcanzado hoy en día el campo de la historia antigua oriental luego de haber discutido las perspectivas otrora hegemónicas, no podemos afirmar que fueron abandonadas totalmente. Lejos de desvanecerse con el correr del tiempo, persisten algunos de sus efectos en la opinión pública y en los medios de comunicación social. En estos últimos, por ejemplo, la difusión mediática del Orientalismo Antiguo a través de una oferta de programas de radio y/o televisión destinados a un público masivo suelen ofrecer perspectivas muy superficiales que promueven la imagen de Egipto y Próximo Oriente como civilizaciones únicas y "excepcionales", transmisoras de un importante legado cultural, diferentes de otras sociedades del mundo antiguo, o que develan los lados menos conocidos, acaso oscuros y misteriosos sobre ciertos episodios y personajes de ese mundo. Ello ocurre como consecuencia de la intervención de investigadores con limitada o nula formación en historia antigua o de ciertos especialistas convocados para brindar conocimientos publicitados como novedosos y superadores, aunque reglados por estrategias de mercadotecnia y publicidad antes que por criterios académicos y científicos. El sistema educacional favorece de igual modo la reproducción de este tipo de miradas sobre las sociedades del antiguo Oriente de modo inconsciente y casi por inercia, tomándolas como cuestiones de simple tecnicismo académico y naturalizando su influencia en las interpretaciones del mundo histórico. Es bastante común que dichos prejuicios historiográficos continúen estando presentes como los fundamentos epistemológicos a los que se apela en algunos manuales de enseñanza media y en ciertos planes de estudio cuando se trata de justificar el estudio de los procesos históricos que tuvieron lugar en aquellas

coordinadas espacio-temporales. Frente a estos escenarios, será preciso que los futuros profesores y licenciados en Historia, quien muy posiblemente deberán lidiar con actitudes de subvaloración hacia la historia antigua oriental –y la disciplina histórica en general– y con realidades de llamativa diversidad sociocultural en sus labores, adquieran la capacidad de deconstruir las formas hegemónicas de discurso, apliquen de manera novedosa enfoques provenientes de las ciencias sociales y ofrezcan visiones alternativas a la predominante.

Solo nos resta señalar una cuestión. Como habrá notado el lector, muchas de esas reflexiones contienen elementos aplicables y válidos para repensar otros períodos históricos e, inclusive, para toda la historia en su conjunto. Y esto es así puesto que, independientemente de las sociedades y culturas del pasado que son objeto de estudio, es innegable que la reflexión en clave histórica además de enriquecer las interpretaciones sobre el pasado, también ofrece procedimientos que contribuyen a interrogar las miradas sobre la vida en común del presente. En efecto, tal como planteó ya hace un tiempo Josep Fontana, la historia es una herramienta intelectual que permite a los seres humanos “situar el presente en el centro de sus preocupaciones” y ayudar a las nuevas generaciones a mantener viva “la capacidad de razonar, preguntar y criticar para cambiar el presente y construir un futuro mejor”¹³⁴. Y constituir una conciencia abierta a la posibilidad de construir un mundo más justo y solidario es una tarea a la que, ciertamente, puede contribuir el estudio de la historia del Cercano Oriente antiguo.

¹³⁴ Cfr. JOSEP FONTANA, *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica, 1992, p. 144.